

¡Mujeres, someteos!

En el ámbito evangélico de habla inglesa aparece —en todas las denominaciones— al menos un libro nuevo al mes sobre la cuestión de los sexos y todos los temas relacionados con ella: género, transgénero, matrimonio, familia, aborto, abuso, violencia doméstica en matrimonios cristianos, etc. En Alemania la frecuencia es menor; uno se ha acomodado al statu quo. Quizá sean tres libros al año los que se ocupan de esta temática.

Por el mundo cristiano pasan algunas olas tormentosas que son motivo suficiente para plantearse estas preguntas de nuevo en cada generación y para entender de nuevo, para uno mismo, para su matrimonio y para su iglesia, cómo debemos y podemos vivir la relación entre los sexos. Los cristianos se orientan por Jesús y los apóstoles, y con ello por la Biblia.

Como es sabido, muchos cristianos conservadores entienden la relación entre los sexos, a grandes rasgos, de tal manera que Adán, y con él todo hombre, tiene un papel de liderazgo superior y de mayor responsabilidad frente a Eva y frente a la mujer como tal. Por eso la mujer se somete y no tiene ningún cargo, o muy pocos, en la iglesia. No predica ni enseña. Esa es la enseñanza de la historia de la iglesia; no la del siglo I y II, pero sí a partir de entonces y hasta hace algunas décadas. Y muchos piensan que esa es la verdad divina, la enseñanza correcta y la práctica de vida correcta. La motivación para ello es la fidelidad a la Biblia, sin duda. Solo cuando se cuestiona de raíz este dominio masculino salen a la luz patrones de pensamiento que hasta entonces habían pasado inadvertidos.

En Estados Unidos lo defienden movimientos más recientes como T4G y The Gospel Coalition y, sobre todo, los bautistas del Sur (The Danvers Statement). Grudem, Moore, Piper, Schreiner, Köstenberger, DeYoung, Keller, Carson, Storms, MacArthur y Strauch son personalidades conocidas que abogan por esta visión, a mi juicio totalmente equivocada. Durante mucho tiempo yo mismo defendí y enseñé esta visión, y aprecio a la mayoría de los hermanos mencionados y sus trabajos exegéticos. El desacuerdo tiene que ver con este tema del hombre y la mujer (y con el calvinismo que ellos defienden, lo cual aquí no es relevante).

En Alemania hay iniciativas y editoriales que se sienten llamadas a seguir a estos líderes, a refrescar estas tesis y a venderlas como verdad bíblica. Menciono aquí algunas cuya «fidelidad a la Biblia» yo mismo comparto en la mayoría de los puntos, pero no en este tema del hombre y la mujer: E21, EBTC, editorial 3L, editorial CLV, editorial CSV, CV Dillenburg, Betanien, etc., las asambleas de los Hermanos exclusivos y de los Hermanos libres, las iglesias de impronta germano-rusa, en parte también las FeG y las EFG (iglesias libres evangélicas y bautistas), y todas las iglesias que figuran en KFG.org.

Este documento contiene dos capítulos del libro del sudafricano Terran Williams, «How God Sees Women: The End of Patriarchy». Él mismo es pastor de una gran iglesia y hasta hace algún tiempo defendió la visión complementarista, es decir, la sumisión jerárquica de la mujer, aunque en forma moderada, y siguió a los hermanos estadounidenses mencionados arriba. Hasta que volvió a estudiar a fondo los textos bíblicos y tuvo que rechazar por completo esa visión. Algo parecido, o casi lo mismo, me ha pasado a mí. De ello ha surgido un libro que vuelve a arrojar luz y que sencillamente refuta esta visión patriarcal y complementarista.

Hans-Jörg Ronsdorf, abril de 2022, ampliado en octubre de 2026

El libro completo está ahora disponible en alemán

Terran Williams: Wie Gott Frauen sieht (Cómo ve Dios a las mujeres). Biblische Perspektiven jenseits von Macht und Tradition (Perspectivas bíblicas más allá del poder y la tradición). Kirche für Alle, 2026.

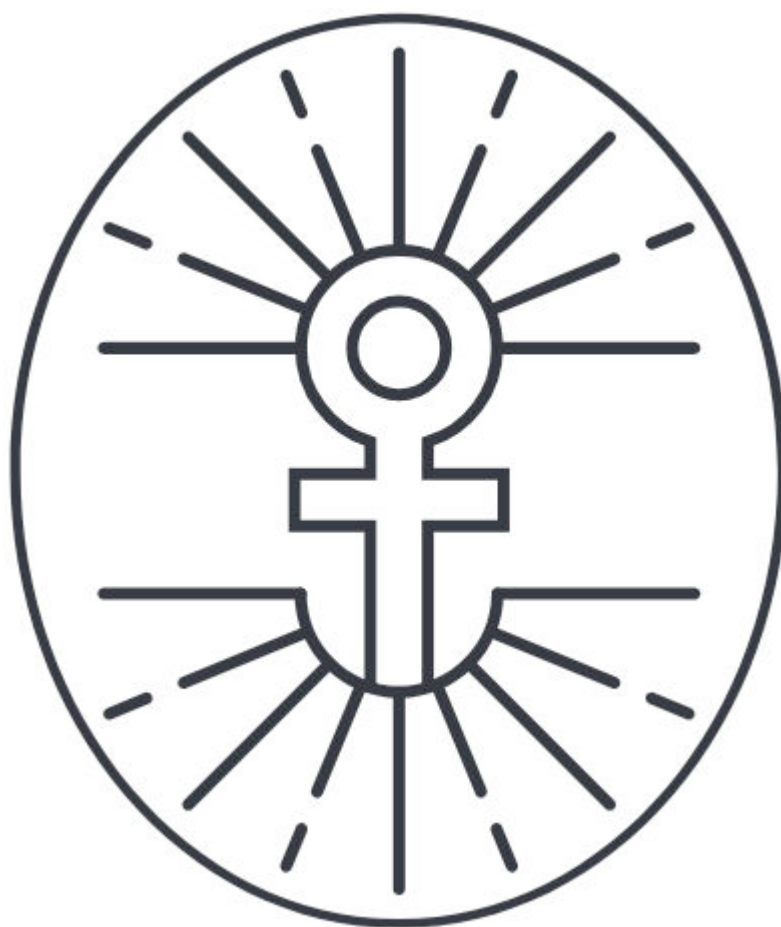
Libro de bolsillo, 18,80 € (ISBN 978-3-9826027-8-3): <https://www.amazon.de/dp/3982602785>

eBook Kindle, 9,80 €: <https://www.amazon.de/dp/B0HDPLZJ3C>

Más sobre el libro: <https://www.hans-joerg-ronsdorf.de>

Los dos capítulos siguientes —el capítulo 8, «Mujeres, someteos», y el capítulo 9, «El Dios que se adapta»— son el texto de esta edición alemana.

8



Mujeres, someteos

«Los cónyuges no están ni en una relación jerárquica entre sí, ni separados como unidades autónomas que hacen cada una lo que les place. Más bien, el matrimonio es una relación de sumisión mutua.»

Richard Hays¹

«Tenemos que preparar a nuestras hijas para que un día se sometan a sus maridos.» Cuando hace poco oí a una madre decirle esto a mi esposa, realmente me dio que pensar. ¿Debería enseñar de verdad a mi hija Ivy a someterse un día a su marido? El tema de liderazgo y sumisión en el propio matrimonio ya es bastante personal. Pero cuando tengo que pensar qué enseñanzas sobre el matrimonio debo transmitir a mis hijos, me siento tanto más obligado a enseñar lo correcto.

Complementarismo de un punto

Solo durante mi investigación para este capítulo y el siguiente me despedí definitiva y completamente de la idea de que el ideal de Dios para todos los matrimonios incluye incluso la forma más suave de autoridad y sumisión entre hombre y mujer. Por lo que leía en Efesios 5, pensé durante mucho tiempo que el liderazgo abnegado del marido hacia su esposa debía reflejar el liderazgo abnegado de Cristo hacia su iglesia.

El *complementarismo de un punto* sostiene que las mujeres pueden dirigir a hombres en la iglesia y en la sociedad, mientras que las esposas deben practicar una especie de sumisión unilateral a sus maridos.² Con ello se distingue del *complementarismo de dos puntos*, que exige la sumisión de la mujer en el matrimonio y en la iglesia. Curiosamente, muchos teólogos e iglesias de todo el mundo defienden el complementarismo de un punto.³

Me imagino que muchos partidarios del complementarismo de dos puntos que lean este libro se dejarán convencer para abandonar la exclusión de las mujeres del liderazgo de la iglesia, pero tal vez sigan aferrándose a alguna forma de autoridad y sumisión en el matrimonio. Como yo mismo defendí esa postura durante algunos años, lo entiendo bien.

Cuando mi estudio cada vez más profundo de Efesios 5 me llevó a abandonar también el complementarismo de un punto, curiosamente eso no produjo cambios esenciales en mi matrimonio. Como explicaré más adelante, me di cuenta de que en mi matrimonio ya era más o menos un mutualista. Porque si mi experiencia matrimonial de casi dos décadas me ha enseñado algo, es esto: un matrimonio en igualdad es mucho más deseable que un matrimonio en el que uno de los cónyuges dirige y el otro sigue. Y eso a pesar de los muchos eslóganes bonitos sobre el matrimonio «cristiano» que yo y otros hemos predicado tan a menudo, como por ejemplo: «Él se sacrifica, ella se somete; él dirige, ella sigue; él inicia, ella confirma».⁴

Aunque Jesús no menciona con una sola palabra un papel de liderazgo del marido sobre su esposa,⁵ Pablo parece tener mucho que decir al respecto, especialmente en Efesios 5, el texto del que trata principalmente este capítulo. Se trata de los siguientes versículos (LUT, Biblia de Lutero, traducción alemana de la Biblia):

21 Someteos unos a otros en el temor de Cristo.

22 Mujeres, someteos a vuestros maridos como al Señor. 23 Porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia; él la ha salvado como su cuerpo. 24 Pero así como la iglesia se somete a Cristo, así también las mujeres deben someterse a sus maridos en todo. 25 Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella, 26 para santificarla. La purificó en el lavamiento del agua por la palabra, 27 a fin de prepararse para sí una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa e intachable. 28 Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama. 29 Porque nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la iglesia. 30 Porque somos miembros de su cuerpo. 31 «Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne» 32 Grande es este misterio; pero yo lo refiero a Cristo y a la iglesia. 33 Por eso también vosotros: cada uno ame a su mujer como a sí mismo; y la mujer respete a su marido.

Mientras me ocupaba de este capítulo, me vino a la mente una frase de C. S. Lewis: «Muchos ... descubren que su corazón canta sin querer mientras se abren paso por un texto teológico difícil con

una pipa en la boca y un lápiz en la mano». Efesios 5 es uno de esos textos difíciles, repleto de teología, con el que llevo ocupándome muchos años. Hay tres razones por las que lo he estudiado tan a fondo.

La primera razón es: mi relación terrenal más importante es la que tengo con mi esposa. Quiero obedecer la Palabra de Dios y aplicar la sabiduría de Dios a mi matrimonio, y este pasaje es uno de los textos bíblicos más importantes sobre el tema del matrimonio; por eso quiero entenderlo correctamente.

La segunda razón es: la lectura de este pasaje según la cual «el marido dirige y la esposa sigue» contradice mi propia experiencia y mi percepción cultural. Quisiera explicarlo con más detalle: estoy casado con una mujer tan formada y competente como yo; en muchos aspectos, incluso más. Sabe manejar las finanzas mejor que yo y actualmente gana más dinero que yo; sabe valorar mejor que yo las necesidades emocionales y prácticas de nuestros hijos; y por naturaleza sabe dirigir grupos de personas mejor que yo. Además, Dios parece hablar con ella sobre nuestra familia y nuestro ministerio tanto como conmigo. Si hago valer mi papel de liderazgo frente a ella, eso no solo me parece arbitrario, sino también una lesión de nuestra relación y de su competencia. Si soy sincero, me parece mucho mejor trabajar con ella *como compañera en igualdad* que ofrecerle mi liderazgo.

La tercera razón por la que he luchado con este pasaje es la siguiente: incluso excelentes comentaristas bíblicos llegan a resultados distintos en cuanto a lo que dice, y los pastores llegan a resultados distintos en cuanto a la aplicación de sus convicciones a un matrimonio concreto. Por sencillas que parezcan las palabras en una primera lectura, al examinarlo más de cerca Efesios 5 plantea más preguntas que respuestas. Consideremos solo los primeros versículos: ¿Por qué comienza Pablo su exposición sobre la relación matrimonial con el versículo sobre la sumisión mutua? ¿Qué significa «cabeza»? ¿Qué significa «someterse»? ¿Tiene la palabra «someterse» el mismo significado en los versículos 21 («Someteos unos a otros»), 22 (Mujeres, someteos a vuestros maridos) y 24 (La iglesia se somete a Cristo)? ¿Y qué significa concretamente para las mujeres someterse a sus maridos «en todo»?

Trataré estas preguntas a partir de cuatro interpretaciones distintas, o «posturas». Como tres cuartas partes del pasaje de Efesios 5 se dirigen al marido, definiré cada postura según lo que se exige de un marido cristiano. Estas cuatro posturas ven al marido como quien toma las decisiones (postura 1), como quien tiene el voto decisivo (postura 2), como servidor de su compañera en igualdad (postura 3) y como *paterfamilias* redimido (postura 4).

Postura 1: El marido es normalmente quien toma las decisiones

Esta es la postura de Wayne Grudem. Escribe que Pablo, en Efesios 5:21, con «Someteos unos a otros» no quiere decir que todos los cristianos deban someterse a todos los cristianos, sino solamente que todos los cristianos deben someterse solo a aquellos que tienen legítimamente autoridad sobre ellos. Dicho de otro modo: la sumisión vale para la mujer frente al hombre, pero definitivamente no a la inversa.

Dice que «cabeza» en «el marido es cabeza de la mujer» significa «autoridad sobre». Según él, Pablo obliga a los maridos a asumir el liderazgo sobre sus esposas, y exhorta a las esposas a aceptar ese liderazgo. Cuando Pablo habla de que el marido entrega su vida por su esposa, como Jesús hizo por la iglesia, eso significa que exhorta al hombre no solo a amar a su esposa, sino también a dirigirla con amor. Por último, cuando Pablo cita Génesis 2:24, según Grudem, fundamenta la autoridad del hombre sobre la mujer en el relato del dominio de Adán sobre Eva antes de la caída.

En cuanto a las consecuencias prácticas de todo esto, Grudem nos cuenta cómo lo pone en práctica en su propio matrimonio:

En cada decisión, grande o pequeña, y tanto si estamos de acuerdo como si no, la responsabilidad de la decisión recae siempre en mí. (Hablo aquí de decisiones que nos afectan a los dos, no de decisiones individuales que cada uno toma en su propio ámbito de responsabilidad.) No comparto la opinión de que la jefatura del marido solo entra en juego más o menos una vez cada diez años, cuando marido y mujer no logran ponerse de acuerdo. En mi opinión, la jefatura del marido es importante en cada decisión que la pareja toma a lo largo de su vida matrimonial. Si existe una verdadera jefatura del marido, entonces hay un acuerdo tácito de que el centro de gravedad del proceso de decisión está en el marido y no en la esposa. Y aunque a menudo haya mucha discusión y deban preservarse el respeto y la consideración mutuos, la responsabilidad de la decisión recae en última instancia en el marido.⁶

John Piper se adhiere en gran medida a esta postura. Recuerda con agrado el matrimonio de sus padres, en el que su padre solía tomar las decisiones:

Cuando mi padre volvía a casa, era claramente la cabeza de la familia. Él daba gracias en la mesa. Él reunía a la familia para el devocional. Él nos llevaba a la escuela dominical y al culto. Él conducía el coche. Él decidía dónde nos sentaríamos. Él decidía ir a comer a Howard Johnson's. Él nos acompañaba a la mesa. Él llamaba a la camarera. Él pagaba la cuenta. Él era aquel con quien teníamos que vérnoslas si infringíamos una regla familiar o éramos irrespetuosos con nuestra madre. Esos eran los momentos más felices para nuestra madre. ¡Oh, cómo se alegraba cuando papá estaba en casa! Amaba su liderazgo. Más tarde aprendí que la Biblia llama a esto «sumisión».⁷

La mayoría de los libros cristianos sobre el matrimonio más difundidos defienden esta postura. En uno de ellos se dice, por ejemplo: «El marido ... es responsable de las decisiones importantes del hogar. ... Una esposa abierta y receptiva entrega de buen grado ... su libertad a cambio de su amor, su veneración, su protección y su provisión».⁸ Otro comparte esta opinión: «Un hombre puede tener muchos superiores fuera de su casa, pero en casa tiene la oportunidad de ejercer autoridad de manera amable y de recibir el respeto que le corresponde».⁹

Antes de pasar a las otras posturas, quisiera decir lo siguiente: hasta bien entrada la década de 1980, casi todos los exegetas bíblicos y cristianos leían la Biblia precisamente de esta manera. Así que es una postura que hay que tomar en serio.

Pero quiero ser sincero: ¡este enfoque sería la muerte de mi matrimonio! Como pastor nunca he defendido esta postura. Sin duda Grudem y Piper han tenido otras experiencias en la vida que yo. Sin embargo, no puedo imaginarme una relación íntima en la que una persona tome todas o la mayoría de las decisiones que afectan a ambos. Llego a la conclusión de que, o bien las parejas que defienden esta postura prefieren, por su educación o su cultura, el «matrimonio tradicional» de antes, o bien están formadas por un marido que es un líder nato y una esposa que es una seguidora nata. Pero no todos los matrimonios están hechos así, y desde luego no el de Julie y yo. Me alegra que pastores y teólogos hayan ofrecido en las últimas décadas una forma modificada de esta visión. Algunos la llaman «complementarismo suave»; yo la llamo «el marido como voto decisivo».

Postura 2: El marido tiene el voto decisivo (en casos excepcionales)

En su éxito de ventas *The Meaning of Marriage* [El significado del matrimonio], Timothy y Kathy Keller defienden una variante más suave del matrimonio complementarista. Dedicar un capítulo entero al

hecho de que Pablo —a diferencia de Grudem— presenta los roles de género en el matrimonio en el versículo 21 como expresión de sumisión mutua. Los Keller la definen como la decisión de servir y agradar humildemente al otro:

En Filipenses 2:2-3 Pablo dice sin rodeos que entre cristianos cada uno debe, «con humildad, estimar a los demás como superiores a él mismo». ... Deberíamos considerar los intereses de los demás más importantes que los nuestros. En otro lugar dice que no debemos «agradarnos a nosotros mismos», sino que cada uno «agrade a su prójimo en lo que es bueno, para edificación. Porque ni aun Cristo se agradó a sí mismo» (Romanos 15:1-3). Pablo exige incluso a los cristianos que sean unos para otros «douloi» (Gálatas 5:13), literalmente: siervos. ... Seamos marido o esposa, no debemos vivir para nosotros mismos, sino para el otro. Y esa es la tarea más difícil, pero también la más importante, de un marido o de una esposa en el matrimonio.¹⁰

Según esta visión, la sumisión mutua debe entenderse en ambas direcciones: mientras que en los versículos 22-24 Pablo exhorta a las mujeres a someterse a sus maridos, en los versículos 25-29 explica a los maridos cómo deben someterse a sus esposas (en amor abnegado).

A pesar de la sumisión mutua, los Keller siguen defendiendo el papel del marido como cabeza. Lo hacen pasando de la formulación de un marido en sumisión mutua con su esposa a la de un marido que se somete «al papel de un líder servidor».¹¹ (Debo señalar en este punto que el uso de la palabra «someterse» aquí es cuestionable, porque tiene un significado distinto del que tiene en la idea de la sumisión mutua: someterse *a un papel* no es en absoluto lo mismo que someterse *a una persona*.)

Afortunadamente, los Keller defienden un tipo de liderazgo mucho más suave que lo que en los siglos pasados se entendía por sumisión de la esposa: «Cuando ambas partes no logran ponerse de acuerdo, pero hay que tomar una decisión, [el marido] tiene el derecho de emitir el voto decisivo y (con ello) de asumir la mayor responsabilidad por la decisión».¹² En otro lugar, Timothy Keller lo describe como el derecho del marido a «anular» las objeciones de su esposa teniendo «la última palabra».¹³ Dicho de otro modo: *solo en caso de desacuerdo, y no en las decisiones cotidianas*, debería el marido tomar una decisión.

Como complementarista «suave» durante muchos años, yo, igual que muchos otros representantes de esta corriente, apliqué esta enseñanza diciendo, por ejemplo: «De vez en cuando, en casos muy raros, hay que tomar una decisión. Si no logran ponerse de acuerdo, la esposa debería pedir a su marido que tome una decisión en ese asunto». Mi amigo Alan Frow, un influyente pastor complementarista del sur de California, dice por ejemplo que casi todas las decisiones de su matrimonio se toman en común; y continúa: «Llevo 25 años casado, y en ese tiempo mi esposa solo me ha dicho cinco veces: «No logramos ponernos de acuerdo. Tú eres el líder, así que ve y busca a Dios»».¹⁴

En mi propio matrimonio pasaron años sin que tuviera que usar mi «poder de decisión», porque siempre encontrábamos un consenso. *Pero eso significa también que mi «papel de liderazgo» frente a Julie y su deber de «someterse» a mí prácticamente no existían en nuestra experiencia vivida.*

Dudas sobre el modelo del voto decisivo

Para muchos representantes de un complementarismo suave —yo mismo lo fui durante muchos años—, el difícil trabajo de actualizar teológicamente la propia posición apenas parece merecer la pena. Prácticamente todos los días del año su forma de matrimonio es exactamente la misma que la de los mutualistas. De hecho, quizá me habría aferrado más tiempo a la visión de los Keller (y comprendo a

otros que todavía lo hacen) si no hubiera empezado a preguntarme *si incluso una forma suave de autoridad y sumisión es realmente el ideal de Dios para todos los matrimonios*. De hecho, tengo incluso cinco serias objeciones.

Primera: si presentamos como ideal la sumisión de la mujer a la autoridad de su marido, resulta tanto más fácil ignorar sus importantes aportaciones en la iglesia y en la sociedad. A pesar de la postura suave de los complementaristas cuando subrayan que la sumisión de la mujer se refiere solo a su marido y no a todos los hombres, utilizan sin embargo este punto para argumentar que las mujeres, que en casa necesitan ser dirigidas, no deberían asumir un papel de liderazgo en la iglesia.¹⁵ Frow, por ejemplo, dice con toda razón que los roles en el matrimonio dentro de una familia son un «espejo misterioso»¹⁶ de la relación entre Cristo y la iglesia. Si bien afirma que las mujeres pueden asumir tareas de liderazgo en la sociedad, llega a la conclusión de que «en la familia de Dios este reflejo misterioso debería hacerse visible».

Pero ¿está justificado este salto? En Efesios 5 Pablo dice que la unión de marido y mujer es un «misterio» que apunta a la unión entre Cristo y la iglesia. ¿Por qué creen entonces los complementaristas que tienen la libertad de trasladar este «misterio» en bloque a toda una comunidad, de modo que los ancianos varones representen de algún modo a Jesús como esposo (y por tanto tengan que ser varones), mientras que el resto de la iglesia representa a la novia (lo cual, curiosamente, se aparta de la analogía, ya que en ella están incluidas tanto mujeres *como hombres*)? Además, la idea de que los ancianos de la iglesia representan al esposo de la iglesia es peligrosa y antibíblica, sobre todo porque claramente solo Jesús ocupa ese papel. Si seguimos desarrollando la analogía entre matrimonio e iglesia, los líderes de la iglesia deberían asumir, como mucho, el papel del amigo del esposo, Jesús, como Juan el Bautista en Juan 3:29.

Segunda: me preguntaba por qué Pablo —según la visión complementarista del matrimonio— habría de presentar como ideal precisamente ese orden jerárquico que solo surgió con la caída, cuyas consecuencias Dios anunció no como una promesa, sino como una predicción funesta: «Él se enseñoreará de ti».¹⁷

Tercera: una y otra vez me horroriza la frecuencia con la que, según está demostrado, se producen abusos por parte de la pareja en los matrimonios cristianos. Sociólogos como Elaine Storkey sostienen que no ayuda en absoluto enseñar la sumisión femenina como norma establecida por Dios. Aun cuando los maridos oyen que deben ejercer su autoridad «con bondad», la idea de una autoridad masculina establecida por Dios a veces los anima a «creer, abiertamente o de forma inconsciente, en privilegios y derechos masculinos. Así, los hombres reclaman derechos a libertades, estatus y opiniones que no valen para sus parejas».¹⁸ A menos que pertenezcan a la clase más santificada de maridos, al no ver a sus parejas como verdaderamente iguales a ellos, tienden más bien a tratarlas como inferiores, aunque sea solo un poco.¹⁹

En África, donde vivo, la magnitud de la violencia de género es verdaderamente espantosa. He oído historias de maridos cristianos que golpean a sus esposas por desobediencia (e incluso de un pastor que golpea a una mujer de su iglesia porque desobedece a su marido). Además, algunos estudios²⁰ muestran que la enseñanza de la sumisión femenina aumenta la probabilidad de que una mujer maltratada permanezca en un matrimonio violento. Además, las iglesias a las que acuden en busca de ayuda a menudo les desaconsejan separarse de su maltratador. Si esta enseñanza es el ideal de Dios, me preguntaba, ¿por qué causa tan a menudo daño en cuanto llega a oídos cristianos?

Cuarta: por mucho que prefiera el complementarismo suave a una forma más dura, tuve que constatar que se trata de una creación completamente nueva. Si la interpretación que conduce al matrimonio complementarista moderado tiene apenas medio siglo, entonces es incluso más reciente que la interpretación que conduce al matrimonio mutualista. Aunque estoy agradecido por este nuevo complementarismo suave al estilo de los Keller, tengo que dar la razón a teólogos complementaristas como Grudem y Russell Moore cuando sugieren que este enfoque se parece en realidad más a un matrimonio mutualista que a uno complementarista. Si una interpretación sobria del texto exige que sea yo quien tome regularmente las decisiones y que mi esposa se someta a mí, entonces en realidad nunca hemos tenido un matrimonio «bíblico», sino más bien un matrimonio que «apoya la sumisión mutua dentro de una asociación conyugal en igualdad», en el que las decisiones se toman «mediante un proceso de búsqueda de consenso»; así define Moore un matrimonio «feminista» y definitivamente no «bíblico» o complementarista.²¹ Si Grudem (y la visión histórica) tienen razón, entonces o bien Dios quiere que yo cambie mi conducta y tome más decisiones en nombre de mi esposa, o bien tengo que cambiar mi teología. Seguir viviendo en contradicción con lo que creemos sería pura incoherencia.

Quinta: a la pregunta «¿Por qué debería someterse la mujer?» no hay, en mi opinión, ninguna respuesta satisfactoria. La postura 1 puede resultar extraña a muchos de nosotros hoy, pero durante siglos fue completamente lógica: en la cultura y en la enseñanza de la iglesia regía la convicción de que las mujeres eran inferiores a los hombres y que, por tanto, debían ser guiadas por su propio bien. Desde la década de 1960, sin embargo, estas ideas han quedado superadas tanto en la cultura como en la iglesia. Todos conocemos a muchas mujeres que son más inteligentes y más resolutivas que sus maridos. Así que no puede ser que sean inferiores a la hora de tomar decisiones. Entonces, ¿por qué?

Los Keller tienen una respuesta: «La respuesta a esta pregunta es otra pregunta: ¿Por qué cedió Cristo la autoridad al Padre?». Según ellos, la sumisión de la mujer a la autoridad de su marido debe reflejar la relación entre Cristo y el Padre. Sin embargo, como ya he explicado en los capítulos 3 y 6, esto presenta de forma errónea la relación trinitaria. Además, pasa por alto el hecho de que la Escritura en ningún lugar equipara la cesión de autoridad del Hijo al Padre con la cesión de autoridad de la mujer a su marido.

John Piper da otra respuesta: la sumisión de una esposa cristiana a su marido representa ante el mundo que observa la sumisión de la iglesia a Cristo. Suena bonito, pero al examinarlo más de cerca se ve que eso solo funciona con la postura 1, en la que el marido dirige a su esposa cada día de su vida. La postura 2 es una mala representación del liderazgo de Cristo sobre la iglesia: si Jesús es nuestro Señor, consentimos en su liderazgo diario, y no en una suave toma de decisiones en común en la que solo de vez en cuando, cuando no logramos ponernos de acuerdo, le permitimos a Jesús jugar su carta de triunfo.

Si bien teólogos como Keller y Piper se esfuerzan por aducir razones teológicas, muchos pastores, a menudo de mentalidad más pragmática, justifican la autoridad del marido con el siguiente argumento: como todo lo que tiene dos cabezas es un monstruo, es importante saber quién se queda al final con la patata caliente [de la responsabilidad]. Pero no puedo aceptar esa razón. Quisiera explicar por qué.

«¿Quién se quedará al final con la patata caliente?»

¿De verdad tiene que llevar siempre una sola persona la responsabilidad en una relación de pareja, porque de lo contrario el matrimonio se rompe? Entiendo que un equipo deportivo necesite un capitán, un ejército un general y una empresa un director general. Pero dos personas en una unión de

«una sola carne», que idealmente, como dice Génesis 2:25, viven «desnudas» o conscientemente vulnerables la una con la otra, ¡no necesitan sin duda un jefe! Más bien deben comprometerse de lleno a amarse y servirse mutuamente como compañeros en igualdad.

Love and Respect, un libro cristiano muy influyente sobre el matrimonio, formula el argumento así: «Un matrimonio con dos cabezas iguales está condenado al fracaso. Esa es una de las razones fundamentales por las que hoy tanta gente se divorcia».²² Pero ¿dónde están las pruebas de esta afirmación descabellada? Me gustaría leer más estudios sobre este tema. Un estudio reciente con 21 000 mujeres cristianas casadas y divorciadas que van regularmente a la iglesia llega a un resultado opuesto: «Las parejas en las que uno de los cónyuges toma las decisiones —aun cuando antes las hable con el otro cónyuge y pida su opinión— se divorcian 7,4 veces más que las parejas que comparten el poder de decisión».²³

Muchos cristianos lo saben intuitivamente, independientemente de sus posturas teológicas. De los miles de encuestados, alrededor del 40 % creía que el marido tiene la potestad de decisión definitiva, mientras que alrededor del 60 % opinaba que la esposa debe amar a su marido sometiéndose a él. Sin embargo, solo el 17,3 % de las parejas actúa realmente de manera que el marido tenga la última palabra. En cambio, el 78,9 % de los matrimonios funcionan sin potestad de decisión definitiva, es decir, los cónyuges toman las decisiones juntos o las aplazan cuando no están de acuerdo.

Aquí nos encontramos con dos dilemas que los pastores como yo preferimos no reconocer. Primero: hay una discrepancia entre las convicciones y la conducta de las personas a las que dirigimos. La mayoría de los cristianos cree, ciertamente, que el marido es quien toma las decisiones o quien desempata en caso de desacuerdo, pero la mayoría no actúa en consecuencia. Segundo: «Aunque muchos matrimonios cristianos creen que los maridos tienen el poder de decisión, *esa creencia no perjudicó a la pareja hasta que se llevó a la práctica*». ¿Deberíamos los pastores como yo insistir en que el pueblo de Dios empiece a practicar lo que cree, o cuestionamos lo que le hemos enseñado a creer? Si como pastor quiero realmente lo mejor para los matrimonios a los que acompaño, tengo que enfrentarme a algunos hechos duros:

Cuando las mujeres sienten que no se las escucha y que su opinión no es tan importante como la de su marido, la probabilidad de divorcio es 26 veces mayor. ... Aun cuando un hombre pide su opinión a su esposa, en los matrimonios en los que él tiene el poder de decisión, su opinión tiene por definición más peso que la de ella. Y cuando las mujeres sienten que su opinión no tiene el mismo peso que la de su marido, el matrimonio se rompe con mayor probabilidad.²⁴

A la inversa, la reciprocidad en el matrimonio tiene claras ventajas: «En las parejas que toman decisiones juntas, las esposas se cuentan más de cuatro veces más a menudo entre el 20 % de los matrimonios más felices que entre el 20 % más infelices. Además, tienen un 67 % más de probabilidad de experimentar con frecuencia un orgasmo en las relaciones sexuales».²⁵ Estos resultados de la encuesta confirman que los mejores matrimonios (y los que tienen la mejor vida sexual) son aquellos en los que los problemas se resuelven conscientemente en común y en los que, en caso de desacuerdo, uno se toma el tiempo y el cuidado necesarios para llegar a un acuerdo.

Puedo entender que el líder de un equipo directivo de, por ejemplo, diez personas tenga que actuar ocasionalmente como quien toma la decisión definitiva. Sin embargo, deberíamos guardarnos de trasladar la dinámica de decisión de una empresa a un matrimonio que consta solo de dos personas,

que están unidas mucho más en un plano interpersonal que en uno funcional y que se han comprometido a una comunión de almas.

Además: ¿con qué frecuencia llegan las parejas a una situación en la que hay que tomar una decisión importante sin que tengan tiempo para llegar a un acuerdo? Normalmente hay tiempo suficiente para decidir. Como alternativa, la pareja confía en el cónyuge que está más convencido o que tiene más conocimientos en el ámbito correspondiente. Si una pareja aun así no se pone de acuerdo, eso muestra que ambos están convencidos de su opinión. *¡Que el marido imponga su voluntad justamente en ese momento, en el que las opiniones están más alejadas, me parece la peor solución!* ¿No hay posibilidad de que la pareja trate el asunto hasta alcanzar un consenso? Hasta que haya claridad, es mejor continuar la conversación, y mientras tanto tanto el marido como la esposa deberían buscar en oración la mejor solución, pedir consejo a otros y esforzarse por escuchar de verdad al otro.²⁶

Mi experiencia me lleva a la siguiente conclusión: si hago valer mi autoridad precisamente cuando mi esposa tiene una opinión de la que está tan convencida que me contradice, eso equivale a sabotear la relación. A diferencia de Alan Frow, que recuerda cinco casos en los que su esposa le pidió que jugara la carta de triunfo, yo solo recuerdo un único caso en el que tomé una decisión importante a pesar de la inseguridad de Julie. Pero incluso en ese caso concreto, ella confió más en mi convicción que limitarse a aceptar mi autoridad. Pensándolo bien, recuerdo muchas otras situaciones en las que intenté tomar una decisión definitiva en contra de su opinión, solo para encontrarme con su enérgica oposición. Afortunadamente, cada vez la escuché y aplazamos la decisión definitiva. Mirando atrás, creo que habría destruido su confianza si, a pesar de sus justificadas objeciones, hubiera intentado hacer valer mi autoridad.

Con esto quiero decir que me surgieron serias dudas sobre la postura 2. Cuanto mayor me hago y cuantas más parejas he acompañado como pastor y amigo, más me cuesta ignorar estas objeciones. He llegado a la conclusión de que la manera en que Julie y yo vivimos nuestro matrimonio delante de Dios, y la manera en que enseñamos a nuestros hijos a tratar a sus cónyuges y a dejarse tratar por ellos, es un tema tan central que es mejor mirar de frente las debilidades incluso de la visión del «voto decisivo» y estar abierto a otras posibles interpretaciones de Efesios 5. Cuando lo hice, redescubrí la alegría de no limitarme a leer superficialmente pasajes difíciles como Efesios 5, sino de cavar más hondo y preguntar no solo qué dice el texto, sino también por qué lo dice y a quién se dirigía originalmente.

Postura 3: El marido como servidor de su compañera en igualdad

Antes de ocuparme a fondo de esta tercera postura, daba por sentado que se trataba claramente de un intento de eludir la enseñanza clara de Efesios 5. Habría estado de acuerdo con Frow, que sospecha que detrás había un esfuerzo por «retorcer» interpretativamente el texto bíblico. *Cuando finalmente me ocupé a fondo de esta visión, descubrí con asombro que es realmente convincente:* no un caso de acrobacia exegética, sino el resultado del trabajo minucioso, urgentemente necesario, que exige una interpretación bien fundamentada. El teólogo Philip Payne hace varias observaciones sobre Efesios 5 que hacen muy probable que Pablo realmente aspire a la igualdad y la reciprocidad como base del matrimonio y no —como sugiere una lectura superficial— al liderazgo y la sumisión.

En primer lugar, Pablo sitúa el matrimonio cristiano en el contexto de la sumisión mutua. Según Payne, la combinación de la palabra «someterse» (en el sentido de «ponerse bajo otro») con la expresión recíproca «unos a otros» (en griego: ἀλλήλοις, *allelois*) es una de las enseñanzas de Pablo más

revolucionarias socialmente y más creativas lingüísticamente. La mayoría de las veces, la palabra «someterse» (en griego: ὑποτάσσω, *hypotasso*) significa en el Nuevo Testamento plegarse a la autoridad de otro. Pero al unirla con «unos a otros», *Pablo hace recíproca esta sumisión y desplaza así su significado del reconocimiento de la autoridad de otro hacia el ponerse a su servicio*. Esto corresponde exactamente a lo que Pablo había escrito antes a los cristianos de Éfeso: deben «soportarse con paciencia los unos a los otros en amor» (4:2), ser «benignos unos con otros, misericordiosos» y «perdonarse unos a otros» (4:32). La razón que Pablo da para ello es que nos sometemos unos a otros «en el temor de Cristo» (5:21 ELB, Elberfelder, traducción alemana de la Biblia). Esto remite al comienzo del capítulo, donde se presenta que Cristo se puso a nuestro servicio: «Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ... ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante» (5:2).

Los complementaristas de línea dura que defienden la postura 1 lo contradicen: tanto Wayne Grudem como Kevin De Young intentan refutar el sentido recíproco, es decir, que también un hombre deba someterse a su esposa. Dicen que «unos a otros» puede significar también «algunos a otros». Grudem remite, por ejemplo, al uso del término en «que se matasen unos a otros» (Apocalipsis 6:4) y dice que eso significa que «algunos hombres matarán a otros hombres». Sin embargo, si el autor del Apocalipsis hubiera querido decir solamente que algunos hombres matan a otros sin ser ellos mismos muertos, no habría usado en absoluto la expresión «unos a otros». De Young remite a otros textos en los que se usa la expresión «unos a otros»²⁷ que, en su opinión, no implican reciprocidad. Sin embargo, examinados con atención, sin duda la implican, igual que cualquier otro uso de «unos a otros» en la carta a los Efesios y en todo el Nuevo Testamento. Los intentos de Grudem y De Young de hacer que la sumisión «unos a otros» fluya solo en una dirección (del subordinado a la persona con autoridad) fracasan. Incluso teólogos complementaristas destacados como George Knight y Tom Schreiner son de otra opinión en este punto.²⁸

En segundo lugar, Pablo determina qué tipo de sumisión espera de las mujeres. Como ya se ha mencionado, hay dos tipos de sumisión. Por un lado está la *sumisión obediente* de un subordinado a una autoridad, por ejemplo, la de un ciudadano a su gobierno.²⁹ Luego está la *sumisión servicial*, que es, como hemos visto, a la que se refiere Pablo cuando habla de sumisión mutua.³⁰ La primera es unilateral y puede exigirse. La segunda puede ser mutua y siempre es voluntaria.

Cuando Pablo dice a las mujeres que se sometan a sus maridos, ¿qué tipo de sumisión quiere decir? Nuestra respuesta a esta pregunta depende de la traducción. Si abrimos una Biblia [alemana] cualquiera, vemos al final del versículo 21 un punto, y luego comienza un párrafo completamente nuevo. Algunas traducciones incluso insertan un título entre el versículo 21 y el 22, como por ejemplo «*Marido y mujer en el orden de vida de Dios*» («Mann und Frau in Gottes Lebensordnung», SLT, Schlachter, traducción alemana de la Biblia). Pero este cambio de párrafo o el título insertado ocultan algo muy importante: *en griego no hay punto entre el versículo 21 y el versículo 22*.

De hecho —y esto me dejó atónito—, en los manuscritos griegos más antiguos que tenemos, la palabra «someterse» del versículo 22 ni siquiera aparece. La razón es que el versículo 22 toma el verbo del versículo 21.³¹ El texto griego dice literalmente: «Someteos unos a otros en el temor de Cristo, las mujeres [obsérvese la palabra que falta] a sus propios maridos...». Dicho de otro modo: *cuando Pablo dice aquí a las mujeres que se sometan a sus maridos, se refiere exactamente al mismo tipo de sumisión que todos los creyentes deben mostrarse unos a otros*. No dice aquí que las mujeres deban estar sometidas a sus maridos de una manera especial. Más bien se refiere al segundo tipo de

sumisión [la sumisión servicial], en la que las esposas deciden servir humildemente a sus maridos y hacerles bien. Usa la palabra «someterse» una última vez en la misma oración para referirse luego a la sumisión de la iglesia a Cristo. A la luz del uso de la palabra «someterse» en los versículos 21 y 22, deberíamos leerlo así: «Así como la iglesia *sirve humildemente* a Cristo en todo y *vive para agradarle*, así también las mujeres deben *servir humildemente* a sus maridos en todo y *vivir para agradarles*» (v. 24).³²

En tercer lugar, «cabeza» (en griego: κεφαλή, *kephalē*) en este caso muy probablemente no significa *autoridad*, sino *fuerza de vida*. En el alemán moderno, «Haupt» (cabeza) representa metafóricamente la autoridad: el director general es la «cabeza» de la empresa, el oficial al mando es la «cabeza» de la unidad. Además, cuando nos imaginamos una cabeza literal de un cuerpo literal, los modernos damos por sentado que la cabeza, que contiene el cerebro, es el centro de control del cuerpo. A través del sistema nervioso envía órdenes al cuerpo.

Tenemos que plantearnos la pregunta de qué quería decir Pablo cuando eligió la palabra *kephalē* y cómo la entendieron probablemente sus lectores originales. Los teólogos complementaristas argumentan que Pablo compara a Cristo como cabeza con el marido y que con ello se refiere a la autoridad del marido. Pero así se pasa por alto que Pablo, cuando usa la palabra como metáfora, probablemente no tiene en mente en absoluto ese significado. Sí, Pablo entendía que Jesucristo tiene autoridad sobre la iglesia y sobre la creación, pero cuando llama a Jesús *kephalē* de un cuerpo, por lo general destaca algo que, si bien está relacionado con la autoridad, no significa exactamente lo mismo. En el apéndice 3, «Qué significa *kephalē* (cabeza)», que ustedes deberían leer sin falta, explico que en tiempos de Pablo la palabra, en contra de lo que afirma Grudem, no significaba habitualmente autoridad.

¿Qué significado da Pablo a esta palabra en Efesios 5? La indicación más importante es que la usa como parte de una analogía con el matrimonio, y además como una creación lingüística completamente nueva: *el marido es la cabeza de la mujer, que es su cuerpo*. La palabra griega para «cabeza» se usa solo dos veces en relación con la relación entre marido y mujer (aquí y en 1 Corintios 11:3). Los lingüistas no se ponen de acuerdo sobre el significado de la palabra en ambos casos. En el capítulo 6 fundamento la postura de que en 1 Corintios significa *fuerza de vida digna de honra*. Solo en Efesios 5 se usa la palabra en relación con la metáfora de cabeza y cuerpo. ¿Nos da Pablo alguna pista sobre lo que quiere decir con «cabeza de la mujer, que es su cuerpo»?

¡Sí, lo hace! La estructura original de la oración griega del versículo 23, que lamentablemente se perdió en la mayoría de las traducciones, dice: «Marido es cabeza de la esposa, ... Cristo cabeza de la iglesia, *él mismo es salvador del cuerpo*.» En griego se ve claramente lo que Pablo quiere decir con «cabeza». Estas tres expresiones paralelas dejan claro que Pablo usa «cabeza» como sinónimo de «salvador». Si Pablo hubiera querido subrayar la autoridad del marido, podría haber usado una de las muchas palabras griegas para ello: *kyrios* (señor), *exousia* (autoridad) o *proestōtes* (dirigir). En cambio, se decide por la metáfora de cabeza y cuerpo y la compara con Cristo, que se entrega a sí mismo como salvador (en este caso no como señor) de su cuerpo. Teológicamente, Cristo es tanto Salvador como Señor, pero Pablo pone en esta analogía solo el significado de Cristo como Salvador de su cuerpo. Si tenemos dudas de que la jefatura del marido signifique aquí su cuidado y su servicio, volvemos a encontrar la idea del cuidado y del servicio en los versículos siguientes, aunque queda un poco oculta porque Pablo introduce otra metáfora, la de las bodas de Cristo con su novia, la iglesia:

Cristo se entregó a sí mismo por ella [su novia/su cuerpo], para santificarla [a su novia/su cuerpo], habiéndola purificado [a su novia/su cuerpo] en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela [a su novia/su cuerpo] a sí mismo como una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa e intachable. Así también los maridos deben amar a sus propias mujeres como a sus propios cuerpos; el que ama a su mujer, a sí mismo se ama. Porque nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida, como también el Señor a la iglesia.

¿Lo ven? En todo este pasaje *Pablo no pone el énfasis en la autoridad, sino en el servicio y el cuidado*. Cuando dice que el marido es la cabeza de la mujer, no quiere decir que los maridos deban ejercer su autoridad sobre sus esposas. Quiere decir que *los maridos deben servir a sus esposas, así como cada uno de nosotros sirve a su propio cuerpo*.

Después de que Pablo, en los versículos 21–30, ha expuesto esta metáfora triple (cabeza–cuerpo; marido–mujer; Cristo–iglesia), añade todavía otro nivel: la unidad de Adán y Eva antes de la caída. Aunque esto complica la imagen que ha trazado, expresa una idea maravillosa: ««Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne». Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia» (vv. 31-32). Con su analogía de que el marido es la cabeza y su esposa el resto del cuerpo, Pablo echa una mirada atrás al primerísimo matrimonio, el de Adán y Eva, cuando disfrutaron por primera vez de una «unidad de una sola carne» metafórica. Como ya vimos en el capítulo 4, en esa unión no se trataba de autoridad y sumisión, sino de intimidad gozosa y compañerismo. *Así pues, con la metáfora de cabeza y cuerpo, Pablo no subraya en Efesios 5 una cadena de mando, sino un vínculo de amor*.

Quisiera añadir una última observación que se desprende de la lectura de Efesios 5 según la cual Dios llama al marido a servir a su esposa (y no a dirigirla): *en este pasaje no hay ni una sola instrucción al marido de dirigir a su esposa, ni aquí ni en ningún otro lugar de toda la Sagrada Escritura*. No duden en leer esta frase otra vez. Eso cambia de raíz la interpretación.

Todo esto nos lleva a la importante conclusión de que en Efesios 5 posiblemente *no* se trata en absoluto de la autoridad del marido sobre su esposa sometida a él. Más bien Pablo subraya, mediante metáforas expresivas, que marido y esposa deben unirse con amor, servirse mutuamente y hacerse bien el uno al otro.

¿Significa esto que Pablo exhorta a maridos y esposas a tratarse mutuamente exactamente de la misma manera?

Sí y no. Sí, porque ambos están llamados a «someterse unos a otros». Y aunque aquí solo se dice a los maridos que «amen» a sus esposas, ambos deben amarse mutuamente: en otro lugar Pablo exhorta expresamente a las mujeres a «amar a sus maridos».³³ Pero también no, porque Pablo posiblemente tiene en mente los patrones que había observado en tantos matrimonios de las iglesias del mundo grecorromano. Obsérvese, por ejemplo, que el marido es descrito como *kephalē* o fuente de vida, no que se le exhorte a serlo. Pablo probablemente alude al hecho de que en la Antigüedad las esposas solían ser más jóvenes y tener menos formación. Estaban ocupadas en la crianza de los hijos y eran, por tanto, completamente dependientes del sustento económico y material de sus maridos. Llamar *kephalē* a una esposa dependiente no habría tenido sentido.

A esto se añade: si los maridos en tiempos de Pablo eran más o menos como muchos maridos que conozco hoy, entonces estaban (en promedio) menos dispuestos que sus esposas a sacrificar su vida por su cónyuge.³⁴ Por esa razón, Pablo considera suficiente decir a las mujeres que se sometan a sus

maridos, es decir, que les sirvan humildemente y les hagan bien. Luego se pone a sacudir el egoísmo de los hombres diciéndoles tres veces más y urgiéndolos a hacer sacrificios como Cristo. Eso se aplica sin duda a mí: en mi matrimonio no es Julie, sino yo, quien más necesita que la Escritura y la obra continua del Espíritu Santo me impulsen a servir a mi cónyuge con abnegación y humildad y a hacerle bien. Sospecho que mi amigo Andrew Bartlett acierta con su conclusión: «Pablo exhorta al marido a ir por delante en la entrega de sí mismo. Esto no se diferencia en lo fundamental del deber cristiano de la esposa de amar a su marido desinteresadamente, pero intensifica la responsabilidad del hombre de amar».³⁵

En el versículo 33 Pablo exhorta expresamente a los hombres a «amar» a sus esposas (no a dirigirlas), y a las mujeres las exhorta en particular a «respetar» a sus maridos (no a someterse a ellos). ¿Por qué exhorta a las mujeres a respetar a sus maridos y a los maridos a amar a sus esposas? Si bien entonces, como hoy, la mayoría de las mujeres querían también ser respetadas y la mayoría de los maridos deseaban amor, Pablo probablemente sabía algo sobre las distintas psicologías de muchos hombres y mujeres de su tiempo.

Mientras describo la postura 3, es decir, el marido como servidor de su compañera en igualdad, siento la fuerza de esta visión. Sinceramente, espero que esta sea la interpretación correcta, porque la encuentro muy inspiradora y desafiante. A diferencia de la visión de Grudem, según la cual el marido es quien toma las decisiones a diario (que considero mala), y de la visión de los Keller, según la cual el marido tiene el voto decisivo en situaciones excepcionales (que considero mejor, pero aún problemática y además incoherente), esta visión me parece buena y sumamente practicable.

Pero ¿y si Pablo, en este pasaje, realmente quisiera dar a entender que las esposas de Éfeso debían reconocer en sus maridos algún tipo de autoridad, aunque lo compense con el llamamiento a los maridos al sacrificio amoroso? Al fin y al cabo, al menos la comparación del matrimonio con el matrimonio divino, en el que hay definitivamente una diferencia de rango entre Dios/Jesús y nosotros, hace pensar en una jerarquía en la relación conyugal. Decidido a entender correctamente este pasaje, seguí reflexionando. Me pregunté si había aplicado a esta tarea todos los principios importantes de la interpretación bíblica, y entonces me di cuenta de que no era así.

Postura 4: El marido como *paterfamilias* redimido

Como ya se ha mencionado, uno de los errores más frecuentes que cometemos en nuestro esfuerzo por entender y aplicar la Sagrada Escritura consiste en imaginarnos que sus distintas partes estaban dirigidas directamente a nosotros. Pero no era así: *puede que fueran escritas para nosotros, pero no estaban dirigidas a nosotros*. Solo si entendemos la situación de los lectores originales y sabemos qué entendían ellos por las palabras, podemos nosotros, que vivimos en una situación o una cultura completamente distinta, empezar a derivar del texto un significado para nosotros mismos. En muchos textos, si no en la mayoría, nuestra situación actual es comparable con la de los primeros lectores, lo que facilita esta tarea. Pero ¿qué ocurre cuando su situación se diferencia muchísimo de la nuestra?

El cristiano de hoy está separado del público bíblico por un «río» de diferencias (p. ej., de lengua, cultura, circunstancias de vida). Este río nos impide pasar directamente del significado en su contexto al significado en nuestro propio contexto. Ciertamente formamos parte de la misma gran historia, pero nuestro lugar en esa historia se diferencia a menudo del de nuestros antepasados espirituales. A veces el río es ancho y hace falta un puente largo para cruzarlo. A veces es un arroyo estrecho que podemos

atravesar fácilmente. Tenemos que saber cuán ancho es el río antes de intentar construir un puente sobre él para hacer aplicables a nosotros los principios contenidos en el texto.³⁶

Cuando apliqué esta clave de interpretación al estudio de la carta a los Efesios, capítulo 5, reconocí mi error y el error de casi todos aquellos cuyas contribuciones sobre este texto había leído: damos por sentado que Efesios 5 es un arroyo estrecho que podemos cruzar fácilmente, cuando en realidad es un río ancho cuya travesía requiere un puente largo.

Lo explicaré. Damos por sentado que los matrimonios de la iglesia de Éfeso se parecían más o menos a los matrimonios modernos. Nos imaginamos que Pablo nos «ve» a nosotros y nuestros matrimonios de hoy y por eso nos escribe esta carta. En realidad, sin embargo, se refiere a matrimonios del mundo grecorromano del siglo I, que se diferencian claramente de los nuestros. En aquel mundo, los hogares no estaban formados por dos progenitores que trabajan, dos hijos, un perro y un gato. Por lo general, un hogar estaba formado por un hombre, el *paterfamilias*, que gobernaba sobre su esposa, sus hijos y a veces también sus esclavos. Según la enseñanza de Aristóteles, los hogares estaban organizados jerárquicamente: en aquella cultura, esa era la mejor manera de dirigir un hogar. (Solo cuando no había un hombre adulto, la mujer pasaba a ser la gobernante del hogar.) Digo deliberadamente «gobernante»: Aristóteles dijo: «El gobierno de una casa es una monarquía»³⁷; el marido y padre era el rey.

Cuando en el párrafo anterior mencioné a los hijos y a los esclavos, quizá ustedes, igual que yo, se dieron cuenta de algo. La relación marido–mujer de Efesios 5:22-33 es el primero de tres pares de relaciones que Pablo aborda. Los dos siguientes vienen inmediatamente después: padres–hijos (6:1-4) y amos–esclavos (6:5-9). Lo que yo había pasado por alto antes era que *Pablo aplica el evangelio a estos hogares antiguos de varias capas*, que consistían en una jerarquía de hombres, mujeres, hijos y esclavos. Los maridos tenían derechos, privilegios y libertades que se negaban a sus esposas.³⁸ Tenían el poder y aportaban la mayor parte de los ingresos. En la mayoría de los casos, las mujeres no podían, sin un hombre que actuara en su nombre, poseer bienes, llevar negocios ni realizar transacciones legales o financieras.

En la sociedad mediterránea, la edad media para casarse era de treinta años en los hombres, pero de dieciocho o menos en las mujeres. Cuando un hombre se casaba, solía ser ya un hombre de mundo, que sabía cómo vivir en sociedad. Era una persona con capacidad de actuar social y económicamente. Una mujer, en cambio, era todavía una muchacha que ni siquiera tenía permiso para ir a la puerta de casa cuando llamaban. Una mujer típica tenía, durante sus años fértiles, un hijo más o menos cada dos años o cada treinta meses. Estaba siempre «descalza y embarazada» y en casa. En cuanto el hijo anterior era destetado, volvía a quedar embarazada.³⁹

La mayoría de las mujeres no recibían ninguna formación, salvo en las tareas domésticas. Eran completamente dependientes toda su vida y estaban *bajo el dominio* de un hombre: de su padre o quizá de su tutor, más tarde de su marido. La sumisión era la norma para los hijos, los esclavos y las esposas. En este contexto y en esta cultura, el *paterfamilias* debía ejercer el dominio y no servir humildemente a nadie, y menos aún a sus propios subordinados, que más bien tenían que servir al *paterfamilias*. Así lo veía también Aristóteles: «El hombre es por naturaleza más apto para mandar que la mujer ... Esta desigualdad es permanente ... El valor de un hombre se muestra en mandar; el de una mujer, en obedecer».⁴⁰

Obsérvese lo siguiente: Pablo no crea una estructura doméstica en la que el hombre de más edad gobierna sobre todos los demás, como tampoco prevé una estructura de gobierno en la que César sea el gobernante del Imperio romano. Simplemente aborda estas circunstancias y *procura actuar dentro de las estructuras sociales existentes, buscando maneras de mejorarlas sin querer derribarlas de inmediato*. Como todo buen misionero que hoy entra en una nueva cultura, Pablo se adaptaba donde podía, aunque no lo considerara necesariamente ideal.

El evangelio se encuentra con el hogar antiguo

Si ustedes hubieran estado en el lugar de Pablo, ¿cómo habrían aconsejado a estos hogares estructurados jerárquicamente en su iglesia? Veamos las tres estrategias que Pablo emplea al aconsejar a los hogares efesios en su contexto de entonces.

Primera: Pablo pone todas las relaciones dentro del hogar bajo el signo del evangelio. Guía a esposas y maridos a tratarse «en el temor de Cristo» y envuelve cada instrucción en formulaciones que se refieren a Cristo: «como al Señor», «así como Cristo», «Cristo», «como también Cristo» y «mas yo digo esto respecto de Cristo». Sigue el mismo enfoque para mover a padres e hijos, así como a amos y esclavos, a repensar sus relaciones mutuas. Parece que una de cada dos palabras es «Cristo» o «Señor». Pablo intenta con destreza ayudar a todos —esposas y maridos, hijos y padres, así como esclavos y amos— a ver su manera de relacionarse con los demás como expresión de su relación con Cristo.

Segunda: Pablo denuncia expresamente la conducta egoísta y despótica del *paterfamilias*. En los antiguos códigos legales que fijaban los roles dentro del hogar, a los *paterfamilias* se les decía que debían gobernar, y a todos los demás se les decía que debían someterse. El énfasis de estas leyes solía estar en los subordinados, que tenían que controlar su conducta. Pero el «código» mejorado por Pablo hace algo nunca visto: dedica su mayor atención, en cada una de estas relaciones, a los maridos/padres/amos (¡en los tres casos está implicado el mismo hombre!), para que cambien *su* conducta. Partiendo de que el *paterfamilias*, debido a las circunstancias culturales, gobierna de todos modos, le exhorta ahora a dar su vida por su esposa, a no provocar a ira a sus hijos y a no amenazar a sus esclavos. Esto fue sin duda en aquella época una exhortación absolutamente revolucionaria. En una cultura en la que los maridos tenían poder de vida y muerte sobre sus esposas, Pablo exhorta a los maridos a renunciar a su poder e incluso, si es necesario, a morir para que a sus esposas les vaya bien.

Tercera: Pablo emplea el evangelio para suavizar y reordenar la sumisión de la esposa, de los hijos y de los esclavos al *paterfamilias*. Sin llamarlos a la rebelión, insinúa qué tipo de sumisión puede producir el evangelio *en su situación*. Para la esposa esto significa, como hemos visto, que no debe someterse a regañadientes a la autoridad de su marido, sino servirle humildemente y agradecerle, así como también quiere servir humildemente a Cristo y agradecerle.

La enseñanza de Pablo obró maravillas.

Al reprender duramente al *paterfamilias* y dirigirse luego con amor a los más débiles de una sociedad patriarcal —las esposas, los hijos y los esclavos—, Pablo hizo que la iglesia primitiva atrajera en masa a los que no tenían poder. El crítico pagano Celso se burló de la iglesia en el siglo II con estas palabras: «El cristianismo es una religión para mujeres, niños y esclavos».⁴¹

El enfoque de Pablo sobre las relaciones dentro del hogar era algo completamente nuevo para la cultura de entonces. *No suprime la antigua jerarquía, pero tampoco quiere mantenerla como ideal*

divino. Más bien la socava de tal manera que no solo toda su estructura queda envuelta en el evangelio, sino que finalmente se disuelve en él, como ha sucedido también en nuestro tiempo.

Sin embargo, en aquella época antigua ningún pagano que visitara un hogar cristiano habría pensado que Pablo quería socavar el derecho romano o introducir estructuras domésticas simplemente igualitarias. Lo que le habría llamado la atención del *paterfamilias* redimido habría sido, en primer lugar, la manera inusual en que cuidaba con amor a las personas que dirigía y se sacrificaba por ellas y, en segundo lugar, la alegría de su esposa, de sus hijos y de sus esclavos.

A diferencia de la postura 3, que parte de que Pablo enseña un igualitarismo sin restricciones, esta postura parte de que Pablo, cuando llama al marido cabeza de la esposa, reconoce las normas culturales según las cuales el marido tiene autoridad sobre la esposa. Además, cuando compara la relación entre marido y esposa con la relación entre Cristo y la iglesia, bien puede significar que alude a que el uno es «responsable» de la otra. Pero *aunque parta de que el paterfamilias lleva la responsabilidad, en modo alguno lo prescribe como una especie de «papel» o estatus que el marido deba ocupar frente a su esposa en todos los tiempos y en todas las culturas*. Al contrario: lejos de presentar como ideal el poder cultural del hombre sobre la mujer, procura desactivarlo mediante el evangelio.

El argumento de John Piper, refutado

Algunos complementaristas presentan el contraargumento de que, si damos por sentado que Pablo reconoce la autoridad del marido y la relaciona con la relación de Cristo con la iglesia, entonces Pablo sí declara ideal el liderazgo y la sumisión entre marido y esposa y, por tanto, lo perpetúa. Piper dice (y escribió un libro sobre ello) que el matrimonio cristiano redimido y a la vez jerárquico pone el evangelio ante los ojos del mundo. Escribe: «El liderazgo amoroso del marido sobre su esposa sumisa y dependiente es una imagen de Cristo y la iglesia. Si el marido pierde su papel de liderazgo, esto deja de ser así».⁴²

Su argumentación es defectuosa en tres aspectos. Primero: Pablo dice algo parecido sobre la esclavitud en el hogar cuando dice a los esclavos que obedezcan a sus amos así como obedecen a Cristo, que es su Señor. Según la argumentación de Piper, Dios habría creado la relación amo–esclavo para mostrar al mundo la «belleza» de nuestra sumisión a Jesús, nuestro Señor. ¡No! En ambos casos Pablo aplica el evangelio a una situación real, pero no necesariamente ideal.

Segundo: no es la jerarquía en un matrimonio, sino la redención de tal matrimonio, lo que ilustra el evangelio. Lo que Pablo subraya en este pasaje no es la jerarquía, sino el servicio del marido a su esposa, que se somete a él en sumisión mutua y con la que mantiene una relación íntima. Esto puede expresarse sin duda mejor en un matrimonio basado en la reciprocidad que en un matrimonio jerárquico. Como se expuso en la postura 3, Pablo precisa su uso de la palabra *kephalē* destacando a Jesús como Salvador y sustentador de la iglesia, no como su Señor.

Tercero: ningún matrimonio jerárquico puede ser nunca lo bastante jerárquico si damos por sentado que Dios quiere mostrar al mundo, a través de los matrimonios, el señorío de Jesús sobre su iglesia. Jesús es el Señor de su iglesia, pero un marido no es, ciertamente, el señor de su esposa.

A pesar de las debilidades de la argumentación de Piper, *estoy de acuerdo con él en que el matrimonio cristiano debe reflejar algo del evangelio*. Un matrimonio cristiano puede mostrar al mundo, igual que cualquier comunidad cristiana, que somos discípulos de Jesús amándonos unos a otros con

abnegación, así como él nos amó. Los matrimonios basados en la reciprocidad pueden hacerlo tan bien como los matrimonios estructurados jerárquicamente, si no mejor. Un matrimonio cristiano puede reflejar bien otra cosa más: la unión duradera e íntima que tenemos con Cristo. La analogía de cabeza y cuerpo que usa Pablo, a la que llama «una sola carne», apunta a una profunda y amorosa relación de pacto y a una unión viva y orgánica. Mientras que la idea de que un líder se separe de sus subordinados resulta menos extraña, la idea de que una cabeza sea separada de su cuerpo es profundamente estremecedora.

Dónde nos equivocamos con Efesios 5

En su libro de 800 páginas, Grudem argumenta con vehemencia a favor de la sumisión de la mujer en el matrimonio, sin mencionar ni una sola vez la enorme diferencia entre los matrimonios del siglo I y los de hoy.⁴³ Lo mismo vale para los Keller: en su detallado estudio de Efesios 5 no prestan ninguna atención a este aspecto ni abordan la situación del matrimonio en aquella época. Ni una sola vez. Eso es un error: tratan un río ancho como un arroyo estrecho.

A Pablo no le interesa inmortalizar la estructura doméstica antigua. Más bien aplica el evangelio a una situación cultural única, que se diferencia mucho de la nuestra. Pablo no se dirigía a mi mundo, en el que la mayoría de las mujeres adultas tienen la misma formación que los hombres, controlan su fertilidad, son económicamente independientes y no existe ninguna necesidad social de que un hombre esté por encima de ellas. Todo esto hace posible otro tipo de matrimonio.

La siguiente pregunta es: ahora que somos conscientes de que entre su situación y la nuestra hay un río muy ancho, ¿cómo podemos construir un «puente» sobre él para hacer aplicables a nosotros los principios contenidos en el texto? O, dicho de otro modo: ¿qué habría dicho Pablo a los matrimonios de hoy en nuestra sociedad, que ya no son estrictamente jerárquicos, sino igualitarios? Propongo lo siguiente:

Nos diría que debemos poner a Cristo en el centro de nuestro matrimonio. Nuestra manera de «vernarnos» unos a otros, de tratarnos, de trabajar juntos y de respetarnos debería estar marcada por nuestra relación primordial con Cristo. Deberíamos someternos unos a otros, despojarnos de nuestra independencia y nuestro egoísmo y aspirar a una relación íntima de «una sola carne», como la que se vivió en el jardín del Edén antes de la caída. Si partimos de que los hombres son, en promedio, más independientes y por tanto más centrados en sí mismos que las mujeres, que son, en promedio, más orientadas a las relaciones y por tanto más volcadas hacia los demás que los hombres, entonces los maridos como yo deberíamos meditar especialmente en el amor abnegado de Cristo por la iglesia, que lleva al radiante florecimiento de su novia.

Ahora que he tomado conciencia de la clara diferencia entre el contexto de entonces y nuestro contexto de hoy, sencillamente no puedo imaginarme que Pablo dijera a un matrimonio moderno medio, en el que marido y esposa están más cerca en edad, ambos tienen igual formación, posiblemente ambos trabajan y están comprometidos en la educación de sus hijos: «Bien hecho que formen una sociedad de iguales. ¡Sigán así! Pero quiero insistir en que el marido debe asumir el papel de liderazgo y la esposa debe estar sometida a él». ¿Cómo podría hacerlo, si enseña que el ideal de la creación para el matrimonio es una unidad de una sola carne, un verdadero compañerismo en el pleno sentido de la palabra, como en el matrimonio original de Adán y Eva?

Esta no es solo mi opinión. Es una postura muy extendida; más aún, es la visión cristiana mayoritaria: en su carta apostólica *Mulieris Dignitatem*, vinculante para todos los católicos, el papa Juan Pablo II

dice que la autoridad del marido sobre su esposa refleja algo que es «antiguo»; la carta habla de una mentalidad que está «profundamente arraigada en las costumbres y en la tradición religiosa del tiempo». En cambio, lo «nuevo» y «una novedad evangélica» es que «la sumisión no es unilateral, sino recíproca».⁴⁴ Si una de las denominaciones dogmáticamente más inflexibles puede hacer esta corrección de su doctrina, los demás deberíamos tomar nota.

Por supuesto, todavía hay culturas en el mundo en las que los hombres tienen la última palabra. Para ellas, la enseñanza de Pablo parece hecha a medida. En las sociedades patriarcales, los maridos suelen tener mucho más poder social, intelectual, político y económico que las mujeres. Ahora bien, el marido debería usar ese poder de manera desinteresada para el bien de su esposa, así como Cristo usa su poder superior para el bien de la iglesia. Pero si miles de maridos en culturas patriarcales hacen esto durante el tiempo suficiente, las mujeres y las esposas irán ampliando su propio poder social e intelectual y estarán mejor preparadas para ser compañeras en igualdad con sus maridos. Precisamente a esa conclusión me han llevado mis investigaciones. Aplicar la postura 4 —el *paterfamilias* redimido— a culturas en las que el matrimonio está estrictamente jerarquizado conducirá finalmente a que esas culturas cambien y fomenten un matrimonio según la postura 3, como ya ha sucedido en países que desde hace mucho tiempo han sido moldeados por el cristianismo.

Si hubiéramos ampliado nuestro estudio de los textos bíblicos sobre el matrimonio, tal como se encuentran en el Antiguo y el Nuevo Testamento, la preferencia de Dios por un matrimonio basado en la reciprocidad habría resultado evidente desde el principio.

Esposas que guían a sus maridos

Teniendo en cuenta que todos los matrimonios mencionados en el Antiguo Testamento se celebraron en un entorno patriarcal, cabe suponer que la premisa cultural era que las esposas estaban subordinadas a sus maridos. Por eso es notable que —aparte de la predicción de Dios de que «Adán dominará sobre Eva»— *no haya ni en las leyes mosaicas ni en las palabras de los profetas un solo mandamiento que exija a las esposas someterse a sus maridos.*

Si observamos las pequeñas instantáneas que tenemos de la dinámica de poder de los matrimonios en el Antiguo Testamento, constatamos una y otra vez que las esposas guían a sus maridos. En muchas encrucijadas de mi vida le he pedido sabiduría a Dios y he aguzado el oído hacia el cielo para escuchar lo que él me diría. A menudo le he oído decirme lo que una vez le dijo a Abraham: «En todo lo que te dijere [tu mujer], oye su voz».⁴⁵ ¡Qué consejo tan magnífico! Sé de lo que hablo: *las esposas, muy a menudo, oyen primero a Dios.*

¿No es exactamente eso lo que le sucedió a la madre de Sansón? En una cultura en la que no era apropiado que un hombre se dirigiera directamente a una mujer, un ángel toma la forma de un hombre y le anuncia a una mujer estéril que tendrá un hijo ungido por el Espíritu. Más tarde, la mujer llama a su marido: «Y la mujer corrió prontamente a avisar a su marido, diciéndole: Mira que se me ha aparecido aquel varón que vino a mí el otro día». Fíjense bien en las palabras siguientes: «[Él] se levantó y siguió a su mujer». Quizá no muy contento de que un extraño haya quebrantado las normas patriarcales, pregunta: «¿Eres tú aquel varón que habló a la mujer?».⁴⁶ Esta historia apunta, además, a un nacimiento aún más importante. Más de un milenio después, un ángel acude primero a María para anunciarle el mismo mensaje.⁴⁷ Solo más tarde informa a su esposo.⁴⁸ En ambos casos, la mujer se entera primero por Dios de lo que va a suceder, mientras que el hombre es puesto al día solo después,

es decir, al nivel de conocimiento de su esposa. Si existiera algo así como un «orden de la creación» (que no es el caso), Dios no parece atenerse a él.

Luego está la mujer de Sunem, que toma la iniciativa y acoge en su casa al profeta Eliseo. Le dice a su marido: «He aquí ahora, yo entiendo que este que siempre pasa por nuestra casa es varón de Dios, santo. Yo te ruego que hagamos un pequeño aposento de paredes, y pongamos allí cama, mesa, silla y candelero, para que cuando él viniere a nosotros, se quede en él».⁴⁹ Una vez más, el marido obedece de inmediato a su esposa y confía instintivamente en su discernimiento espiritual en este asunto.

Conviene hacer una breve observación: a pesar de la interpretación tan extendida de que «el marido es la *kephalē* de la esposa», lo cual vendría a significar que «el marido debería ser la cabeza espiritual de la familia», lamento tener que decirles que esta idea no tiene fundamento bíblico. Quizá deberían tirar sus apuntes en los que dice que el marido (no la esposa) debe dirigir la oración, convocar el culto familiar o decidir a qué iglesia va la pareja o la familia. Sin querer restar importancia a la iniciativa decisiva de un esposo o padre para el bienestar espiritual de su familia, es mejor que *ambos*, tanto el marido como la esposa, hagan todo lo que esté en su mano –como equipo y como individuos– para buscar a Dios, elegir una iglesia y hacerse miembros de ella, y procurar el crecimiento espiritual de los demás miembros de la familia. Como respuesta a la enseñanza de que el marido debería ser el pastor del resto de la familia, recomiendo que marido y esposa formen juntos el equipo de liderazgo pastoral de la familia.

Otra mujer que parece desafiar las normas patriarcales, aunque vive en una cultura dominada por los hombres, es Abigail. Su muy acaudalado marido Nabal es «duro y de malas obras».⁵⁰ Cuando David y su milicia, huyendo y hambrientos, le piden a Nabal algo de comer, este se burla de ellos sin compasión y rechaza su petición. David, profundamente ofendido y furioso, planea matar a Nabal y a todos los hombres de su propiedad; hay que admitir que no es una reacción especialmente cristiana.

Abigail evita el derramamiento de sangre desobedeciendo a su marido y sin comunicarle la noticia de las intenciones asesinas de David. Carga alimentos en su asno, cabalga hasta David y se dirige hábilmente a su ego herido, diciendo: «No haga caso ahora mi señor de ese hombre perverso, de Nabal; porque conforme a su nombre, así es. Él se llama Nabal [necio], y la insensatez está con él».⁵¹ Incluso mientras subraya qué persona tan terrible es su marido, apela a la mejor parte de David y le suplica clemencia. Entonces David decide deponer las armas.

Cuando Abigail regresa a casa y le cuenta a Nabal que ella ha anulado su orden y que David le ha perdonado la vida, su corazón desfallece y muere diez días después. Cuando David envía a algunos hombres para tomarla como su tercera esposa, ella se inclina y dice: «He aquí tu sierva, que será una sierva para lavar los pies de los siervos de mi señor».

Es, sin duda, una historia descabellada, pero obsérvese que nada en ella indica que Dios apruebe que ella llame «señor» tanto a Nabal como a David. Aunque ambos hombres aceptan ese título sin vacilar, queda claro que se trata de una mujer que ha aprendido a *sobrevivir* en el patriarcado adaptándose. A veces eso significa incluso oponerse a la «autoridad masculina», algo que este pasaje destaca de forma elogiosa. En todo caso, encontramos aquí el ejemplo de una mujer que en otra cultura, más justa, probablemente habría sido una líder de éxito. David queda impresionado no solo por su belleza, sino también por su capacidad estratégica y su diplomacia cautivadora, con las que evita de inmediato un derramamiento de sangre innecesario.

Conclusión: las historias del Antiguo Testamento no respaldan la idea de que la autoridad del marido sobre su esposa sea la norma querida por Dios.

El matrimonio mutualista de 1 Corintios 7

El Cantar de los Cantares de Salomón es el pasaje más extenso de la Sagrada Escritura que trata de la dinámica interna de una unión amorosa, romántica y sexual entre dos personas. En él no hay absolutamente ningún indicio de una relación de autoridad y sumisión entre el hombre y la mujer. En el romance y en el sexo, ambos toman la iniciativa, ambos se entregan, ambos dan y ambos reciben. Este libro poético no solo recuerda el placer desnudo que Adán y Eva compartían como iguales antes de la caída; también tiene un paralelo en el Nuevo Testamento.

1 Corintios 7 es, con mucho, el pasaje más extenso de las cartas de Pablo que trata del matrimonio. Sin embargo, en sus orientaciones sobre la sexualidad, el servicio y la separación en el matrimonio cristiano, Pablo no da el más mínimo indicio de que un matrimonio cristiano pueda ser otra cosa que una relación de pareja amorosa y basada en la reciprocidad entre iguales. De hecho, este es el único capítulo de la Biblia que trata expresamente la cuestión de la autoridad en el matrimonio. Y esta, por cierto, corresponde tanto a la mujer como al hombre.

Quisiera destacar algunas citas⁵² que subrayan el amor mutuo y la autoridad recíproca que Dios ha previsto para nuestros matrimonios:

[C]ada [hombre] tenga su propia mujer, y cada una tenga su propio marido. (v. 2).

El marido cumpla con la mujer el deber conyugal, y asimismo la mujer con el marido. (v. 3).

La mujer no tiene potestad sobre su propio cuerpo, sino el marido; ni tampoco tiene el marido potestad sobre su propio cuerpo, sino la mujer. (v. 4).

No os neguéis el uno al otro, a no ser por algún tiempo de mutuo consentimiento (v. 5).

Que la mujer no se separe del marido. ... Y que el marido no abandone a su mujer (vv. 10-11).

Si algún hermano tiene mujer que no sea creyente, y ella consiente en vivir con él, no la abandone. Y si una mujer tiene marido que no sea creyente, y él consiente en vivir con ella, no lo abandone (vv. 12-13).

[E]l marido incrédulo es santificado en la mujer, y la mujer incrédula en el marido (v. 14).

Pero si el incrédulo se separa, sepárese; pues no está el hermano o la hermana sujeto a servidumbre en semejante caso (v. 15).

Porque ¿qué sabes tú, oh mujer, si quizá harás salvo a tu marido? ¿O qué sabes tú, oh marido, si quizá harás salva a tu mujer? (v. 16).

Mas también si te casas [un hombre], no pecas; y si la doncella se casa, no peca (v. 28).

El soltero tiene cuidado de las cosas del Señor ... La doncella tiene cuidado de las cosas del Señor (vv. 32, 34b).

[P]ero el casado tiene cuidado de las cosas del mundo ... la casada tiene cuidado de las cosas del mundo (vv. 33-34a).

¿Qué aprendemos en 1 Corintios 7 sobre el plan de Dios para el matrimonio? «Las respuestas de Pablo ... debieron de parecer extraordinarias a los lectores del primer siglo», dice Richard Hays. «Los cónyuges no están en una relación jerárquica entre sí, ni son entidades autónomas que hacen cada una lo que les place. Más bien, el matrimonio es una relación de sumisión mutua en la que cada uno de los cónyuges pertenece al otro».⁵³

Cuando empecé a aconsejar a las personas sobre cómo elegir cónyuge, les recomendaba dejar la decisión en manos de *Dios*. Pero un día, leyendo 1 Corintios 7, me di cuenta de que acababa de leer la única enseñanza clara del Nuevo Testamento sobre este tema: «Libre es para casarse con quien quiera, con tal que sea en el Señor» (v. 39). ¿La lección? Tenemos que elegir, y hacerlo con sensatez. Pues bien, al volver a leer ahora 1 Corintios 7, tuve una revelación parecida: el único versículo de todo el Nuevo Testamento que habla de cómo deben tomar las parejas las decisiones importantes –por ejemplo, cuándo tener relaciones sexuales o buscar juntos a Dios– dice: «No os neguéis el uno al otro, a no ser *de mutuo consentimiento*» (v. 5). ¿La lección? *Si una pareja procura decidir en común como compañeros en igualdad, el marido no tiene que dar órdenes ni tomar las decisiones finales.*

Conclusión: 1 Corintios 7 es el único capítulo que habla expresamente de la autoridad del marido sobre su esposa, *pero también habla de la autoridad de la esposa sobre su marido*. En el matrimonio, promueve la igualdad entre hombre y mujer, así como la sumisión mutua y el consentimiento como base para las decisiones.

Dada la unidad de la Sagrada Escritura, avalada por el Espíritu Santo, 1 Corintios 7 puede y debe determinar nuestra interpretación de Efesios 5. Por eso resulta extraño que la mayoría de los autores complementaristas de renombre o bien mencionen 1 Corintios 7 solo de pasada, pasando por alto su contradicción real con su interpretación⁵⁴, o bien –lo cual es más frecuente– simplemente ignoren el texto.⁵⁵

Entonces, ¿qué postura vale?

Para concluir este capítulo sobre la interpretación de Efesios 5, quisiera examinar cuál de las cuatro posturas debería prevalecer en nuestros matrimonios e iglesias.

Abogo por que rechacemos la postura 1 (el marido como quien toma las decisiones) y la llamemos por su nombre: una teología represiva.

La postura 2 (el marido como quien tiene la última palabra) nos sirvió a Julie y a mí durante muchos años como estación intermedia en nuestro matrimonio, y lo agradezco. Sin embargo, un análisis de los problemas que conlleva, la superioridad exegética de las posturas 3 y 4 y una lectura más amplia de la Biblia sobre el matrimonio significan que probablemente deberíamos abandonar también esta postura.

Entonces, ¿por cuál de las dos posturas restantes nos decidimos?

Quizá no tengamos que decidirnos en absoluto.

La postura 3 (el marido como servidor de su compañera en igualdad) aboga por un matrimonio basado en la reciprocidad, mientras que la postura 4 (el marido como *paterfamilias* redimido) no pone objeciones a tal matrimonio, sino que ofrece orientaciones para matrimonios e iglesias en culturas que siguen siendo fuertemente patriarcales.

Dicho de otro modo: quizá la postura 4 sea la que mejor nos ayude a *entender* el pasaje tal como probablemente lo entendieron sus lectores originales. Pero la postura 3 es, sobre todo para quienes vivimos en culturas más igualitarias, la manera correcta de *aplicar* Efesios 5.

Así pues, el sabio consejo de Dios para un matrimonio es que reconozcan su unión de «una sola carne», tal como se expresa en la relación de amor del huerto del Edén. Además, deberían fortalecer esa unidad mediante una entrega total y una disposición mutua a servirse, así como –en las decisiones– mediante la deliberación y el consentimiento de ambos. En este camino pueden inspirarnos dos comparaciones: el amor sacrificado de Cristo por su iglesia y el cuidado que cada uno tiene de su propio cuerpo.

¿Cómo tratamos las dudas que aún nos quedan acerca del propósito de Dios de una verdadera igualdad entre hombre y mujer? A continuación se trata quizá la razón más importante para abandonar las mentalidades patriarcales en el matrimonio (así como en la iglesia y en la sociedad).

9



El Dios que se adapta

«¿Intentaremos [los maridos] aferrarnos a una autoridad sobre nuestras esposas que en otro tiempo nos confería la cultura que nos rodeaba, pero que hoy en gran parte ya no tenemos? ¿O renunciaremos con gusto al poder y a la pretensión de tenerlo, trataremos a nuestras esposas como iguales y cosecharemos a cambio una relación matrimonial más íntima?»

Peter Davids⁵⁶

La Fundación Gates financió recientemente un amplio estudio internacional que reveló que las mujeres están muy infrarrepresentadas en los medios de comunicación. «Por ejemplo, en el Reino Unido se citaba a mujeres solo en el 29 % de las noticias en línea analizadas en 2019. En la India, la cifra era de apenas el 14 %». ⁵⁷ A pesar de todos los maravillosos avances logrados en la mejora de la posición de la mujer en la sociedad, seguimos estando mucho menos dispuestos a «ver» y «escuchar» a las mujeres que a los hombres.

¡Cuánto más habrán obstaculizado las condiciones sociales de milenios anteriores, cuando el patriarcado era incuestionable, la posibilidad de que las mujeres accedieran a cargos públicos! El arqueólogo Ian Morris explica por qué hay tan pocos indicios de que las mujeres existieran siquiera en la Atenas antigua: «Las mujeres y los esclavos permanecen invisibles», debido a la «omnipresente cultura ciudadana masculina», en la que los hombres «no solo oprimían a las mujeres, sino que también controlaban los espacios en los que vivían las mujeres», con lo cual ellas eran prácticamente invisibles en la cultura de entonces, igual que en los hallazgos arqueológicos de hoy. ⁵⁸

En el resto del mundo grecorromano, por el que se extendió la joven iglesia, la situación de las mujeres no era mucho mejor. Salvo algunas raras excepciones, ⁵⁹ las mujeres honorables no aspiraban a funciones públicas de liderazgo. Encontraban su honra en las tareas domésticas y en la crianza de los hijos. En las obras de teatro griegas, los personajes femeninos más frecuentes eran esclavas y prostitutas, ya que esas obras contaban «historias de la vida». De las mujeres respetables de la ciudad y de las muchachas solteras se esperaba que se quedaran en casa y no se dejaran ver en público. Por eso no es de extrañar que hubiera pocas mujeres que asumieran un «papel de liderazgo». Al fin y al cabo, una persona tiene que recibir cierta formación y salir a la vida pública para desempeñar un papel en ella y demostrar que posee cualidades de liderazgo. Como las mujeres vivían ocultas, pocas de ellas con el don de enseñar y de liderazgo dado por Dios tuvieron alguna vez la oportunidad de que esos dones fueran reconocidos, desarrollados y ejercidos en público. ⁶⁰

¿Por qué se menciona tan pocas veces en el Nuevo Testamento a las esposas de los líderes varones? El énfasis moderno en la igualdad, la asociación y el estatus compartido de los matrimonios cristianos apenas existía en los primeros tiempos de la iglesia cristiana, cuando –incluso dentro de la iglesia– las tareas del hogar y la crianza de los hijos se asignaban a las esposas.

Del mismo modo, podemos preguntarnos por qué hay en la Biblia tan pocos personajes femeninos en comparación con los masculinos. Algunos críticos que niegan la inspiración divina de la Biblia argumentan hoy que eso demuestra que el libro no es más que un producto de una cultura patriarcal. Algunos complementaristas dicen que esa es la manera de Dios de destacar los papeles únicos y sobresalientes que solo los hombres deben desempeñar en el reino de Dios. Sin embargo, una manera mejor de entender tanto la autoridad divina de la Biblia como las muchas situaciones históricas de las que trata consiste en decir que Dios adaptó su revelación a personas en situaciones concretas, sin idealizar automáticamente esas situaciones. Si pasamos por alto este principio interpretativo decisivo, concluimos sin reflexionar, a partir de la observación de que las mujeres en tiempos bíblicos estaban sometidas a los hombres de diversas maneras, que las mujeres, como parte del plan universal de Dios, deberían someterse a los hombres en todos los lugares y en todos los tiempos.

La adaptación de Dios, bien entendida

Al final de la historia, Dios reinará por fin sobre una sociedad ideal. Pero desde la caída ha decidido obrar de forma redentora dentro de la sociedad quebrantada, en lugar de simplemente juzgarla con un

diluvio como hizo una vez. Por ahora, la redención de Dios desciende como lluvia de tal manera que «el agua viva del Espíritu Santo fluye sobre el paisaje social [existente] y, como un río sinuoso, se adapta a los contornos que encuentra. Pero al hacerlo, como la corriente imparable del agua, va remodelando el paisaje y finalmente endereza los caminos torcidos».⁶¹

Los pocos pasajes bíblicos en los que los autores del Nuevo Testamento parecen aprobar el patriarcado de la cultura de su tiempo son en realidad ejemplos de la adaptación de Dios. Él trabaja con lo que tiene, y los apóstoles siguen su ejemplo: siembran la semilla del reino de Dios en un terreno que todavía está lleno de piedras y malas hierbas. Actualmente vivimos en una superposición de las edades. El reino de Dios está aquí, en medio de un mundo caído, impregnado de sistemas sociales caídos. Un día el reino desplazará por completo esos sistemas, pero por ahora echa raíces en ellos y hace brotar de ellos algo nuevo.

El complementarista John MacArthur argumenta que, puesto que solo hombres escribieron la Sagrada Escritura, eso sería una prueba de que Dios destinó solo a los hombres a enseñar la Palabra de Dios. Al hacerlo, ignora claramente a aquellos teólogos que consideran plausible que Priscila (con Aquila a su lado) fuera la autora de la carta a los Hebreos. Pero, sobre todo, pasa por alto que en la Antigüedad *apenas ninguna mujer había recibido formación para escribir*; el hecho de que solo hombres escribieran los libros de la Biblia (o al menos mayoritariamente hombres, si Priscila tomó la pluma) es una prueba de que Dios trabaja con lo que está disponible, aunque promete crear un día un *shalom* en el que todos los hombres y *todas las mujeres* sepan leer y escribir.

Más sobre la sumisión de las esposas

La situación social de las mujeres en la Antigüedad era mucho peor que hoy (aunque también a nosotros nos queda un largo camino por recorrer): se prefería a los hombres antes que a las mujeres, ellos tenían el poder y los cargos públicos; se prestaba atención a lo que los hombres decían y hacían, y se limitaba a las mujeres a un minúsculo ámbito doméstico, con lo cual eran tan invisibles como los esclavos y los niños.

Toda mujer que se resistía tenía que pagarlo. En Ester 1, por ejemplo, el rey Jerjes ofrece un banquete para la élite del reino; al mismo tiempo, su esposa Vasti invita a sus amigas a una fiesta de mujeres. En medio de las celebraciones, Jerjes, «alegre por el vino», ordena a su bellísima esposa que deje su fiesta para «mostrar a los pueblos y a los príncipes su belleza; porque era hermosa». Cuando Vasti se niega a venir, el rey, furioso y humillado públicamente por la desobediencia de su esposa, pide consejo a sus sabios. Estos deciden destituir a Vasti como reina y prohibirle volver a ver jamás a su marido. ¿La razón? Quieren descartar cualquier posibilidad de que otras mujeres del país sigan su ejemplo y no se plieguen a la orden de su marido. El objetivo es que «todas las mujeres den honra a sus maridos, desde el mayor hasta el menor».

Esta historia demuestra que en casi todas las culturas antiguas, en este caso en Persia y no en Israel, se daba por sentado que los hombres debían ejercer el liderazgo en los cargos públicos y que las mujeres debían estar subordinadas a sus maridos. La propia Sagrada Escritura muestra así *que el patriarcado es un producto de la caída y no una creación especial del Dios de Israel*.

Los apóstoles se encontraban en un mundo parecido, dominado por los hombres, cuando predicaban el evangelio y fundaban iglesias por todo el Imperio romano. Ya hemos examinado Efesios 5, pero también fuera de ese pasaje el consejo de los apóstoles a las esposas cristianas de la iglesia del primer siglo es unánime. Pablo escribe a los colosenses: «Casadas, estad sujetas a vuestros maridos...»⁶² y a

Tito: «Enseña... a las mujeres jóvenes... a estar sujetas a sus maridos».⁶³ Pedro dice lo mismo: «Asimismo vosotras, mujeres, estad sujetas a vuestros maridos...».⁶⁴ Para cualquiera que reconozca la Biblia como autoridad, esto parece a primera vista totalmente inequívoco. *Podríamos suponer que el ideal de Dios para todos los matrimonios es que la mujer se someta al hombre, pero en el resto de este capítulo refutaré esa conclusión mostrando que esa falsa suposición presupone una lectura superficial y equivocada de estos textos.*

¿Cómo entendemos las palabras de Pablo en Colosenses: «Casadas, estad sujetas a vuestros maridos, como conviene en el Señor. Maridos, amad a vuestras mujeres, y no seáis ásperos con ellas»? Afirmando que nuestra interpretación de estos versículos no nos lleva a ninguna conclusión distinta de la de Efesios 5. Los investigadores coinciden en que Colosenses y Efesios se escribieron en la misma época. Eso se aprecia también en una especie de método de «cortar y pegar» en formulaciones importantes que aparecen en ambas cartas. Los versículos anteriores son prácticamente idénticos en ambos pasajes. Usan los siguientes términos en el mismo orden: «unos a otros», «salmos», «himnos», «cánticos espirituales», «en vuestros corazones», «dando siempre gracias a Dios Padre», «en el nombre», «del Señor», «Jesús», «Cristo». La diferencia consiste en que el pasaje de Colosenses, de solo dos versículos, es una versión abreviada del pasaje de Efesios, que abarca trece versículos. Efesios 5 amplía las escuetas formulaciones de Colosenses y aclara así su sentido.

¿Y qué decir de los otros dos pasajes, Tito 2:3-5 y 1 Pedro 3:1? Hay buenas razones para dudar de que Pablo y Pedro impongan en estos textos a todas las mujeres de toda la historia humana un mandamiento general de someterse a sus maridos.⁶⁵ Se trata de un consejo pastoral para las personas del Mediterráneo del primer siglo, que se regían por las reglas domésticas de Aristóteles, y como tal *no está motivado por el orden de la creación, sino por una preocupación comprensible por preservar la buena reputación.* Permítanme explicarlo.

Los códigos domésticos

Corremos el peligro de usar los versículos de «mujeres, someteos» como textos de prueba si los arrancamos de su contexto. Observemos el contexto literario, los pasajes más amplios en los que encontramos estos y otros versículos parecidos:

	<i>Esposas – maridos / mujeres – hombres</i>	<i>Hijos – padres</i>	<i>Esclavos – amos</i>
Efesios	5:21-33	6:1-4	6:5-9
Colosenses	3:18-19	3:20-21	3:22-4:1
1 Pedro	3:1-7	No se mencionan	2:18-25
Tito	2:1-8	No se mencionan	2:9-10
1 Timoteo	5:1-16	No se mencionan	6:1-3

¿Qué nos llama la atención al analizar el contexto literario? En primer lugar, cada vez que se menciona la sumisión de una esposa, forma parte de un llamado «código doméstico», en el que se regulan las relaciones dentro de la casa, compuesta por maridos, esposas, hijos y esclavos. Conforme a las enseñanzas anteriores de Aristóteles, según el derecho romano las casas debían organizarse bajo el dominio de un varón de mayor edad. Si no había ningún varón adulto, la mujer de más edad asumía ese papel. El antiguo código doméstico seguía una jerarquía establecida en orden descendente de rango: cabeza de familia, luego la esposa, luego los hijos y los esclavos. Dicho de otro modo: Pablo y

Pedro no proclaman una sabiduría independiente del contexto que deba valer para todos los matrimonios durante el resto de la historia cristiana. Se dirigen a un contexto muy concreto: la puesta en práctica del evangelio en una casa corriente de la Antigüedad, organizada según las pautas de la sociedad romana.

En segundo lugar, en ninguno de estos textos se le manda al marido que dirija. A la mujer solo se le pide que se someta. Los apóstoles daban por sentado que el liderazgo masculino ya se practicaba. Lo que pretendían con sus mandatos era suavizar el liderazgo del hombre y dignificar el estatus inferior de la mujer. Pedro y Pablo enseñan a las mujeres a aceptar la sumisión como algo voluntario, fortalecido por el evangelio, en lugar de limitarse a tolerar el liderazgo del hombre.

En tercer lugar —y esto es de la mayor importancia para la argumentación de este capítulo—, en todos estos pasajes *la sumisión exigida de la mujer a su marido se presenta en paralelo con la sumisión exigida de los esclavos a su amo*. En dos lugares, este paralelo se aplica también a la obediencia de los hijos a sus padres, pero el paralelo con la relación amo-esclavo se establece en todos los casos.

Enseguida volveré sobre el paralelo entre la esclavitud y el patriarcado, pero antes quiero señalar que Pablo y Pedro no presentan como ideal ni la esclavitud ni la sumisión de la mujer en el matrimonio; más bien ayudan, como deberían hacer todos los buenos líderes espirituales, a las iglesias con las que trabajan a *sacar el mejor partido de situaciones que a veces distan mucho de ser ideales*. Dios hace algo parecido en Génesis 16, cuando la esclava Agar huye de su señora Sara, que la maltrataba. Después de rescatar y fortalecer a Agar, Dios dice: «Vuélvete a tu señora, y ponte sumisa bajo su mano». ⁶⁶ ¿Quién de nosotros concluiría de ahí que la instrucción de Dios era expresión de su propósito más alto y mejor para ella? No; su consejo paternal la ayuda a sacar el mejor partido de una situación que dista mucho de ser ideal. Al parecer, para ella y para su hijo es mejor someterse a Sara que huir al desierto.

También hoy a veces es mejor sacar el mejor partido de una situación no ideal en la que nos encontramos. Mi padre, por ejemplo, recién casado, fue llamado a filas para dos años de servicio militar en el ejército sudafricano. Con un hijo recién nacido y una esposa joven en casa, sabía que aquello distaba mucho de ser ideal, pero no tenía elección. Solo podía sacar el mejor partido de una mala situación. La alternativa era la cárcel. A veces un pastor aconseja a su iglesia participar en unas elecciones democráticas, aunque la democracia no está en la Biblia y, por tanto, no es necesariamente el ideal eterno de Dios para la sociedad humana. Predicar en contra provocaría reacciones adversas innecesarias. Lo mismo vale para el orden doméstico de Aristóteles en el primer siglo. ⁶⁷

La preocupación por la buena reputación

Aparte de ayudarles a sacar el mejor partido de una situación no ideal, ¿por qué aconsejan Pedro y Pablo a las mujeres y a los esclavos que se sometan voluntariamente a sus maridos o amos, respectivamente, a quienes a su vez se les indica que traten con amabilidad y respeto a sus esposas o esclavos? En la mayoría de los textos encontramos una respuesta convincente: Pablo y Pedro procuran preservar la credibilidad y el atractivo evangelístico de las jóvenes iglesias a los ojos de un mundo que las observa y en el que, al fin y al cabo, la obediencia de las mujeres y los esclavos al *paterfamilias* es ley romana.

Estas son las pruebas en los textos:

- Justo antes de dirigirse a los esclavos y a las esposas, Pedro aconseja someterse al emperador y añade: «Porque esta es la voluntad de Dios: que *haciendo bien, hagáis callar la ignorancia de los hombres insensatos*». ⁶⁸
- A las mujeres, Pedro les dice: «Estad sujetas a vuestros maridos; para que también los que no creen a la palabra, sean ganados sin palabra por la conducta de sus esposas». ⁶⁹
- A las mujeres de Creta, Pablo les dice: «Estad sujetas a vuestros maridos, para que la palabra de Dios no sea blasfemada». ⁷⁰
- A los esclavos de Creta, Pablo les dice: «Estad sujetos a vuestros amos, para que en todo adornéis la doctrina de Dios nuestro Salvador». ⁷¹
- A los esclavos de Éfeso, Pablo les dice: «Todos los que están bajo el yugo de esclavitud, tengan a sus amos por dignos de todo honor, para que no sea blasfemado el nombre de Dios y la doctrina». ⁷²
- Con respecto a todas las instrucciones que transmite a la iglesia de Éfeso a través de Timoteo, Pablo escribe: «Manda también estas cosas, para que sean irreprochables. ... No den al adversario ninguna ocasión de maledicencia». ⁷³

¿Qué está pasando aquí? Sobre todo 1 Pedro, pero también Tito y 1 Timoteo son cartas a iglesias pequeñas, a menudo perseguidas, que luchan en medio del sufrimiento. La estrategia de Satanás consiste en atraer una atención negativa sobre esas iglesias. La carta a los Efesios es un documento «interno», dirigido exclusivamente a cristianos, sin tener en cuenta a los de fuera (de ahí que no se mencionen problemas de reputación). En estas tres cartas, en cambio, la motivación consiste en tratar un problema propio de la situación, a saber, cómo se ve la iglesia desde fuera. Cynthia Westfall lo dice así:

Era una cultura preocupada por el honor, en la que los roles de género desempeñaban un papel importante. Cuando una mujer se comportaba como el «señor» de su marido, dominándolo, eso se consideraba un desafío destructivo a toda la jerarquía del Imperio romano y al sistema de patronazgo. Las infracciones de tales convenciones se tomaban en serio y podían destruir la reputación de las iglesias. La conducta de las mujeres ofrecía una oportunidad bienvenida para ataques polémicos contra la iglesia primitiva y otros grupos religiosos. ⁷⁴

En un mundo en el que los esclavos y las esposas estaban obligados por ley a someterse al *paterfamilias*, se exhortaba a esas esposas y esclavos a ir más allá de lo habitual y a someter voluntariamente su vida a sus maridos o amos, respectivamente. Por fortuna, los apóstoles habían dado al *paterfamilias*, si era cristiano, las instrucciones correspondientes sobre cómo debía preocuparse sinceramente por los miembros de su casa.

Dicho en pocas palabras: cuando Pedro y Pablo decían a las mujeres que se sometieran a sus maridos, no estaban estableciendo una jerarquía de género en todos los matrimonios como una especie de ideal cristiano. Más bien se estaban adaptando a una situación no ideal. En la primera línea de su carta, Pedro no se dirige a creyentes que viven en una sociedad futura y perfecta, sino a «los expatriados de la dispersión» en todas las provincias; somos extranjeros que hacen lo posible por adaptarse, aunque vivimos nuestra verdadera ciudadanía en el reino de Dios. Si tenemos en cuenta las antiguas normas domésticas, estos pasajes deben entenderse en el sentido de que se exhorta a la iglesia a superar las normas culturales sin rebelarse abiertamente contra ellas. Pedro y Pablo tenían que actuar dentro de órdenes imperfectos, porque los funcionarios romanos buscaban cualquier

pretexto para encarcelar a los cristianos. Cualquier desafío habría acarreado investigaciones y persecución para estas pequeñas iglesias. Es notable que, después de la redacción de 1 Pedro, Tito y 1 Timoteo, pasaron solo unos pocos años hasta que sus autores, Pedro y Pablo, fueron ejecutados por alterar el orden romano.

«Esclavos, someteos... Asimismo vosotras, mujeres, someteos»

A Tito se le pide que instruya a las mujeres a someterse a sus maridos (2:3-5), y poco después se le dice también que los esclavos deben someterse a sus amos (2:9).

Pedro invierte el orden de Pablo: primero habla de las relaciones entre esclavos y amos, y luego de las relaciones entre esposas y maridos. En 1 Pedro 2:18 se exhorta a los esclavos a someterse con todo respeto a sus amos, y no solo a los buenos y amables, sino también a los injustos; luego leemos en 3:1 que las mujeres deben someterse de igual manera a sus maridos. Pedro refuerza con su elección de palabras la conexión entre estas instrucciones: «Esclavos... someteos... Mujeres, de la misma manera, someteos...».

Pasemos ahora al argumento central de este capítulo: *los complementaristas interpretan la instrucción de que las esposas deben someterse como atemporal y universalmente válida. En cambio, la instrucción paralela de que los esclavos deben someterse la entendemos los modernos, que hemos dejado atrás la esclavitud, como condicionada por la situación.*

Puesto que la historia se repite cuando nadie aprende de ella, explicaré esta idea con algo más de detalle.

La resistencia cristiana a la abolición de la esclavitud

Los abolicionistas cristianos, impulsados por la conciencia de la justicia de Dios, vencieron primero, en 1833, la esclavitud como institución en el Reino Unido; después, con el tiempo, la liberación de los esclavos se extendió también a otros países. Personas como William Wilberforce, John Wesley, John Newton, Charles Finney, las hermanas Grimké, Harriet Stowe, Olaudah Equiano y Frederick Douglass pusieron finalmente un fin triunfal y duradero a la institución de la esclavitud. Todos los cristianos modernos cuentan con gusto las historias de estos héroes del cambio social.

Menos conocido es —y quizá lo olvidamos a propósito, porque hoy es una vergüenza para los cristianos— que en Estados Unidos los mayores opositores a la abolición de la esclavitud fueron los cristianos del sur del país. De hecho, la que hoy es la denominación más grande de Estados Unidos, los bautistas del Sur, llegó a separarse en 1845 de los bautistas del Norte precisamente por esta cuestión.

Hasta el siglo XVIII, la mayoría de los cristianos creía que la esclavitud era bíblica, con lo que querían decir que estaba *aprobada por Dios*. Teólogos fieles a la Biblia en Estados Unidos, como Robert Dabney y J. H. Thornwell, desarrollaron argumentos bíblicos convincentes para mantener la esclavitud. Charles Hodge, el mayor teólogo reformado de su tiempo, escribió un ensayo titulado *The Bible Argument on Slavery* [El argumento bíblico sobre la esclavitud], en el que argumentaba así:⁷⁵

- *Dios instituyó la esclavitud.* Al condenar a Cam, hijo de Noé, a ser esclavo,⁷⁶ Dios mismo instituyó la esclavitud.
- *Dios aprobó la esclavitud.* Incluso Abraham, David y Job tenían esclavos.
- *La ley mosaica respaldaba la esclavitud.* Por ejemplo, el cuarto y el décimo de los Diez Mandamientos dan por supuesto que el pueblo de Dios posee esclavos. Además, la ley de Moisés

permitía convertir en esclavos a judíos sin recursos y a prisioneros de guerra.⁷⁷

- *Jesús nunca se pronunció contra la esclavitud.* Lo que no condenó, debió de aprobarlo.
- *Los apóstoles ordenaron a los esclavos someterse a sus amos.* Regularon la esclavitud sin condenarla.
- *Los apóstoles utilizaron la esclavitud para ilustrar un aspecto positivo del evangelio:* nosotros, «esclavos de Cristo», debemos obedecer plenamente al Señor al que pertenecemos.

Unos pocos teólogos intentaron cambiar la opinión de esta mayoría de teólogos, pero fracasaron. En un debate de cuatro días en 1845, por ejemplo, el abolicionista Jonathan Blanchard examinó «los principios generales de la Biblia» y «todo el espectro de la Sagrada Escritura». Para él era evidente que «los principios de la Biblia son justicia y rectitud». Sostenía que con citas bíblicas se puede probar casi cualquier cosa y llegar así a conclusiones que contradicen las verdades superiores de la Sagrada Escritura.

Lamentablemente, los cristianos del Sur, fieles a la Biblia, estaban tan convencidos de que Dios aprobaba la esclavitud que estuvieron dispuestos a tomar las armas, en una guerra civil que costó más de medio millón de vidas, para defender su derecho a mantener la esclavitud. Es cierto que la guerra civil no supuso el fin del racismo en el sur de Estados Unidos, pero humilló tanto a los cristianos que antes poseían esclavos que finalmente tuvieron que reconocer que la esclavitud era un error. El imparable cambio cultural –impulsado por un sentido de la justicia– los llevó a volver a la Sagrada Escritura, donde lenta pero inexorablemente reconocieron el error de su proceder. Hoy prácticamente todos los teólogos creen que la Biblia, bien entendida, no respalda la esclavitud, a pesar de los numerosos argumentos «bíblicos» de otro tiempo, y que esa práctica es pecaminosa.

Esclavitud y patriarcado comparados

Examinemos ahora los paralelos entre la esclavitud y el patriarcado, esa suposición, habitual en la civilización desde siempre, de que los hombres deben dirigir. Veamos con qué facilidad se puede desarrollar una cadena de argumentos parecida si se interpreta la Sagrada Escritura de manera complementarista.⁷⁸

- *Dios instituyó la autoridad masculina.* En el huerto del Edén, antes de la caída, Dios hizo a Adán cabeza de Eva.
- *Dios aprobó la autoridad masculina.* Fueron patriarcas, no matriarcas, quienes dirigieron al pueblo de Dios. Son reyes, no reinas, quienes dominan la historia de Israel.
- *La ley de Moisés respaldaba la autoridad masculina.* El décimo mandamiento dice que no debemos codiciar la mujer, el asno ni otras posesiones de nuestro prójimo. Y los sacerdotes tienen que ser varones, no mujeres.
- *Jesús nunca se pronunció contra la autoridad del marido.* Lo que no condenó, debió de aprobarlo.
- *Los apóstoles mandaron a las mujeres someterse a sus maridos.* Regularon el patriarcado sin condenarlo.
- *Los apóstoles utilizaron la autoridad del marido para representar un aspecto positivo del evangelio,* en el que el marido debía representar a Cristo, el Señor, y la esposa debía someterse a su marido como a Cristo mismo.

¿Ven los llamativos y aleccionadores paralelos entre los intentos de fundamentar en la Biblia la esclavitud y el patriarcado? Incluso la iglesia más grande del mundo reconoce ya el paralelo entre los

textos «Mujeres, someteos» y «Esclavos, someteos»: en 1988, el papa Juan Pablo II sostuvo con toda claridad que usar los escritos de Pablo en Efesios 6 para justificar la esclavitud no era distinto de usar Efesios 5 para justificar la sumisión de la mujer en el matrimonio.⁷⁹

¿Peras y manzanas?

¿Cómo reaccionan los teólogos complementaristas ante esta semejanza? George Knight dice que los textos «Mujeres, someteos» y «Esclavos, someteos» son muy diferentes: «peras y manzanas». ¿Por qué? Voy a citar un artículo⁸⁰ de un destacado teólogo complementarista, Sam Storms, que da seis razones por las que, en su opinión, podemos condenar la esclavitud y al mismo tiempo defender la sumisión de las mujeres. Lo citaré punto por punto, pondré sus palabras en cursiva y entre comillas, y luego responderé a cada argumento:

Primero: *«La Escritura es conocida por regular relaciones indeseables sin aprobarlas como ideales permanentes (véase Mateo 19:8; 1 Corintios 6:1-8). Con sus instrucciones para la relación entre esclavos y amos, Pablo no está diciendo que la esclavitud sea una buena institución».*

Así pues, Storms entiende perfectamente que Dios está dispuesto a adaptarse a las estructuras sociales. ¡Bien! Pero ese es precisamente el argumento que hay que aplicar a la sumisión de una esposa a un *paterfamilias*, prescrita culturalmente en el mundo grecorromano: la Biblia la regula sin aprobarla.

Segundo: *«La institución de la esclavitud no está fundada en la creación, sino que es más bien una distorsión resultante de la caída. El matrimonio y la primacía masculina, en cambio, forman parte del orden creado original, que existía antes de la caída».*

Aquí Storms entiende mal Génesis 2 y 3 y eleva a ideal algo que, según Génesis 3:16, es una consecuencia directa de la caída y no de la creación.

Tercero: *«En varios lugares se siembran las semillas de la abolición de la esclavitud. Véase Filemón 16, Efesios 6:9. Sin embargo, nada en el Nuevo Testamento indica que se previera lo mismo para la relación entre marido y esposa».*

Eso no es cierto. Gálatas 3:28, 1 Corintios 7 y una interpretación correcta de Efesios 5, en particular su enseñanza sobre la sumisión mutua, son sin duda «semillas de la disolución» del dominio masculino en el matrimonio.

Cuarto: *«Si se usa el argumento de la esclavitud para declarar inválida la sumisión de la mujer a su marido, ¿no declararíamos también inválida la sumisión de un hijo a sus padres? Obsérvese cómo trata Pablo en Efesios 5-6 las relaciones entre marido y esposa, padres e hijos, y esclavos y amos».*

Storms usa la palabra equivocada: los hijos deben «obedecer», mientras que las esposas y los esclavos deben «someterse». Esto vincula de manera singular a las esposas y a los esclavos. Storms también parece suponer que los padres y los hijos de aquella cultura leerían los versículos sobre padres e hijos igual que los leemos hoy en Occidente. Pero ¿quién de nosotros insistiría en que nuestros hijos obedezcan a sus padres hasta bien entrada la edad adulta? Un lector del primer siglo entendería Efesios 6 en el sentido de que Pablo manda incluso a los hijos adultos obedecer a sus padres, y no solo honrarlos.⁸¹

Pero aunque la relación entre padres e hijos hubiera sido entonces la misma que hoy (y no lo era), *una jerarquía de género en el matrimonio es muy distinta de la jerarquía generacional en la relación entre*

padres e hijos. El hecho de que nuestros hijos pequeños sepan poco de la vida y de la sabiduría práctica los coloca en una posición en la que la dependencia y la obediencia son lo mejor para ellos y, por eso, se mantienen incluso en las culturas igualitarias. No ocurre lo mismo en un matrimonio entre dos adultos formados. El objetivo de la crianza es llevar a nuestros hijos más allá de la dependencia y la obediencia, para que finalmente puedan estar al frente de su propia familia y se conviertan así en nuestros iguales (como insinúa Pablo en Efesios 5:31). Por tanto, sería un error intentar hacer valer el liderazgo de los padres sobre un hijo durante toda su vida. ¿Por qué, entonces, deberíamos estar tan seguros de que es correcto hacerlo con nuestro cónyuge?

Quinto: *«En las instrucciones de Pablo a los esclavos no se menciona ningún mandamiento moral permanente ni principio moral absoluto con respecto a la esclavitud».*

Aquí Storms repite el punto uno. Pero miren las palabras de 1 Pedro 2-3: «Esclavos, someteos a vuestros amos... Asimismo vosotras, mujeres, someteos a vuestros maridos». ¿Sobre qué base está Storms seguro de que lo primero no es un mandamiento moral permanente, mientras que lo segundo sí lo es? Su postura es incoherente.

Sexto: *«Pablo prevé expresamente la posibilidad de que un esclavo obtenga la libertad, y la recomienda (1 Corintios 7:21). Con respecto a las esposas y a su sumisión a sus maridos, no dice nada comparable».*

Eso se debe a que el matrimonio, a diferencia de la esclavitud, es según el plan de Dios una unidad de una sola carne.⁸² La liberación de la esclavitud era deseable porque representa la redención de la institución del trabajo ordenada por Dios. De manera parecida, la liberación del patriarcado es la redención de la institución del matrimonio ordenada por Dios. El objetivo de Pablo al escribir Efesios 5 es lograr, en aquella cultura, un matrimonio lo más igualitario posible, sin enviar un mensaje de revolución contra las reglas de Aristóteles.

Todo esto significa que, en contra de lo que afirman George Knight y Sam Storms, la esclavitud y el patriarcado se parecen *mucho*: en absoluto son como peras y manzanas, sino *frutos podridos del mismo árbol caído*. En principio, la esclavitud se parece mucho a la idea del liderazgo del hombre sobre su esposa. Benévolas o brutales en su manifestación, ambas prácticas son el resultado de un mundo caído. No tiene sentido condenar, por un lado, incluso la esclavitud «benévola» –como hacen hoy todos los cristianos– y ser, al mismo tiempo, un baluarte del patriarcado «benévolo».

Si un efecto a largo plazo del evangelio en la sociedad es acabar con la esclavitud, entonces de un mismo golpe acaba también con el patriarcado. Por eso Clarice Martin, en un notable artículo sobre la interpretación de la Biblia entre los afroamericanos, plantea una pregunta reveladora: «¿Cómo pueden los predicadores y teólogos negros varones aplicar una hermenéutica liberal cuando predicán y escriben sobre los esclavos, pero una hermenéutica literal cuando se trata de las mujeres?».⁸³

Lecciones de injusticias pasadas

Al negar las semejanzas entre la esclavitud y el patriarcado, los teólogos complementaristas repiten el error de los antiabolucionistas cristianos del sur de Estados Unidos, vuelven a poner a las iglesias que confían en su agudeza teológica en una situación vergonzosa para la iglesia de Jesús y prolongan así la desvalorización de algunos de sus propios miembros.

Lo que hace todo esto aún más trágico es el hecho de que los defensores más influyentes del dominio masculino en todo el mundo sean los *bautistas del Sur*, una denominación a la que pertenece una de cada cuatro iglesias estadounidenses. Siguen difundiendo sus ideas por todo el mundo a través de sus

principales teólogos y de sus medios de comunicación. La advertencia de Georg Hegel parece cumplirse: «Lo único que aprendemos de la historia es que no aprendemos nada de la historia».

Entonces, ¿qué debería aprender exactamente la iglesia de hoy de los errores de los antiabolicionistas cristianos? Primero: es posible llegar a una convicción mediante extensas obras «científicas» que contienen textos de toda la Biblia –como sucede con denominaciones enteras y con escuelas teológicas enteras– y, aun así, estar equivocado.

Segundo: es posible que la cultura evolucione en una dirección positiva que sea, de hecho, el resultado de principios cristianos que han echado raíces en esa cultura a lo largo de milenios. Por ejemplo, la «Carta Magna de la humanidad» de Pablo en Gálatas 3:28 es la primera vez en la historia que alguien formuló con tanta fuerza la idea de la igualdad y del fin de las jerarquías sociales. ¿Cuánto le debemos realmente a este versículo en la abolición de la esclavitud y del dominio masculino en la sociedad? En lugar de rechazar o incluso atacar la influencia del evangelio en la sociedad, la iglesia debería reivindicarla como propia y celebrarla.

Tercero: es posible que los descubrimientos y los avances de la sociedad pongan en tela de juicio una interpretación de la Sagrada Escritura que existe desde hace mucho tiempo. Cuando la mayoría de la gente creía que el mundo era plano o que la Tierra era el centro del universo, la iglesia tenía versículos bíblicos para respaldarlo. Cuando los descubrimientos científicos lo refutaron, eso nos dio la oportunidad de leer la Biblia de una manera nueva y ver lo que siempre había estado en ella. Cuando la revolución industrial y las primeras olas del posterior movimiento por los derechos de la mujer llegaron a Occidente, las mujeres tuvieron por primera vez la oportunidad de demostrar una inteligencia y una capacidad comparables a las de los hombres. En lugar de ver esto como una amenaza, es para nosotros más bien una oportunidad de volver a examinar la propia Sagrada Escritura con la pregunta: ¿qué hemos pasado por alto todo este tiempo?

Cuarto: hay que evitar errores de interpretación frecuentes. Para interpretar partes concretas de la Biblia, hay que tener en cuenta toda la Biblia. Es demasiado fácil reunir «textos de prueba» que a su vez se interpretan mal. No debemos olvidar que los libros de la Biblia, aunque escritos *para* nosotros, no están dirigidos *a* nosotros. *Tenemos que* familiarizarnos con el contexto histórico en el que se escribió el texto *antes* de elaborar el mensaje atemporal que luego podemos aplicar a nuestro tiempo y a nuestro contexto.

Quinto: el interés propio y el *pensamiento de grupo* pueden llevarnos a leer la Biblia con muchos prejuicios. (Encontrarán más información sobre este tema en el apéndice 6.) Por regla general, las personas (también los cristianos) se resisten a todo lo que amenaza su posición o sus privilegios. ¿Deberían haber tenido la voz más fuerte en los debates teológicos del siglo XIX los teólogos que poseían esclavos? ¿Pueden ser hoy las voces dominantes en esta cuestión personas que perderían su empleo y su reputación como pastores, líderes o profesores en iglesias, ministerios y centros de estudios complementaristas?

Sexto: hace falta toda la iglesia para interpretar la Biblia. Nunca es sensato ignorar o menospreciar a partes de la iglesia que ven las cosas de otra manera que nosotros. Calificar de «adaptadas a la cultura» o «liberales» a personas que aman sinceramente la Sagrada Escritura puede ser una forma de hacerse el sordo ante la voz de Dios. Las personas a las que reprochamos tener «una visión baja» de la Sagrada Escritura quizá entiendan partes de ella mucho mejor que nosotros.

Por último, para la credibilidad de la iglesia en la sociedad es especialmente perjudicial aferrarse a prácticas sociales equivocadas, aunque el resto de la sociedad las haya abandonado. En mi opinión, para la iglesia es tan autodestructivo seguir siendo un baluarte del patriarcado como seguir usando la Biblia para justificar la esclavitud. En los siglos en que la cultura y la iglesia estaban más o menos de acuerdo en que la esclavitud era aceptable, e incluso la iglesia elogiaba su forma más suave, sumarse a ello no perjudicaba demasiado la reputación de la iglesia. Pero imagínense cómo se recibiría hoy que una familia cristiana moderna de Occidente decidiera «obedecer a Dios» teniendo dos esclavos que hubieran aceptado esa práctica por razones bíblicas.

Algo parecido ocurrió mientras la iglesia coincidía con la convicción cultural formulada por Jean-Jacques Rousseau: «El hombre debe ser fuerte y activo; la mujer debe ser débil y pasiva; el uno debe tener tanto el poder como la voluntad; basta con que la otra oponga poca resistencia»⁸⁴. Entonces no era demasiado perjudicial para la reputación de la iglesia sumarse al patriarcado. Pero ahora que incluso una serie de televisión galardonada como *The Handmaid's Tale* se basa en el «horror» de la sumisión de la mujer, como iglesia no estamos muy lejos de esa imaginaria familia moderna con esclavos cuando enseñamos a nuestras hijas a someterse a la autoridad unilateral de su marido y prohibimos a mujeres con capacidad para enseñar y dirigir que enseñen y dirijan.⁸⁵

Si los cristianos extendemos la igualdad de las mujeres más allá del ámbito doméstico a la iglesia y a la sociedad, no solo haremos nuestros matrimonios más armoniosos, sino que también fortaleceremos la credibilidad de nuestro evangelio en nuestra cultura. Lo que nuestros conciudadanos han olvidado –pero podemos recordárselo– es que la actual valoración de la mujer en nuestra cultura tiene sus raíces históricas en la influencia lenta y constante de nuestro propio evangelio, que confiere dignidad, y en el conocimiento del carácter amoroso y justo de Dios. Al fin y al cabo, Dios no conoce desde hace mucho tiempo restricciones complementaristas y ha capacitado a las mujeres para desarrollar plenamente sus dones, incluida la posibilidad de dirigir y enseñar con poder a los hombres.

Notas

1. Richard Hays, *First Corinthians*, p. 116
2. Aun cuando en un matrimonio rijan la autoridad y la sumisión, eso no significa que la mujer no pueda tener autoridad sobre su marido en otro ámbito. Débora, por ejemplo, la mujer de Lapidot, puede que en la cultura patriarcal en la que vivía recibiera órdenes de su marido en casa; sin embargo, fue una líder exitosa en su país. Incluso su marido tenía que recibir allí órdenes de ella. Puede parecer complicado, pero no es contradictorio, porque en la Biblia no hay ningún pasaje en el que la sumisión de una mujer en el matrimonio se aduzca como razón para que no pueda asumir un papel de liderazgo en la iglesia y en la sociedad.
3. Como pequeño ejemplo, he encontrado posturas en la línea del complementarismo de un punto en N. T. Wright, de Europa occidental, en Hayk Hovhannisyan, de Europa oriental, y en otro tiempo también en Michael Bird, de Australia. A quienes están profundamente enredados en las «guerras» entre igualitarismo y complementarismo en Estados Unidos, quizá esta posibilidad no les resulte accesible. N. T. Wright explica: «Parte del problema, especialmente en Estados Unidos, es que las culturas se polarizan tanto que muchas personas, cuando marcan una casilla, dan por sentado que tienen que marcar una docena de otras casillas en el mismo lado, sin darse cuenta de que el lado mismo es sumamente arbitrario y está condicionado por la cultura». Cuando se nos dice algo con suficiente frecuencia, tendemos a creerlo. Si señalo dos estrellas en el cielo nocturno y digo: «Estas dos estrellas están unidas entre sí. Forman una constelación llamada «Los Punteros»», mi oyente se imagina un hilo invisible que une esas estrellas. Cada vez que mire al cielo, le llamaré la atención que «van juntas». En realidad son estrellas individuales que están a millones de años luz unas de otras. Solo desde un determinado ángulo de nuestra galaxia parecen estar cerca la una de la otra. Lo mismo sucede con la jefatura del marido y el cargo de anciano: son estrellas individuales separadas. En el propósito de Dios no están necesariamente unidas entre sí, y en la Sagrada Escritura ciertamente tampoco.
4. Beth Allison Barr, en *The Making of Biblical Womanhood* (cap. 6), cita *Happily Ever After*.

5. ¡Y sin embargo, teólogos complementaristas de renombre afirman erróneamente justo eso! Andreas Köstenberger, por ejemplo, escribe en *God, Marriage, and Family* (p. 250): «Jesús reafirmó el plan original de Dios, el Creador, para el matrimonio citando tanto Génesis 1:27 como 2:24 (Mateo 19:4-6 y pasajes paralelos). Con ello nuestro Señor confirmó de manera decidida y enfática el diseño original de Dios para el matrimonio, con el marido como cabeza y la mujer como compañera que se somete y apoya».
6. Wayne Grudem, *Evangelical Feminism*, cap. 1
7. John Piper, *Recovering Biblical Manhood and Womanhood*, cap. 1
8. Ed y Gaye Wheat, *Intended for Pleasure*, 4.ª ed., pp. 30–31
9. Kevin Leman, *Sheet Music*, p. 54.
10. Tim y Kathy Keller, *The Meaning of Marriage*, cap. 2
11. Tim y Kathy Keller, *The Meaning of Marriage*, cap. 6
12. Tim y Kathy Keller, *The Meaning of Marriage*, apéndice
13. Timothy Keller, The Timothy Keller Sermon Archive, 2012–2013
14. Para escuchar: www.bit.ly/2ZPRZGH
15. John Piper formula el argumento así: «En la relación entre hombres y mujeres en la iglesia, los hombres deben asumir el liderazgo, de forma análoga a como un marido asume el liderazgo en casa (Efesios 5:22-33)». Curiosamente, una de las iglesias más grandes de mi continente permite a las mujeres predicar y dirigir la iglesia. Sin embargo, debido a su énfasis en la sumisión de la esposa, allí se ha desarrollado una cultura extraña: estas predicadoras y pastoras se niegan a casarse, porque los miembros de la iglesia toman menos en serio su papel de liderazgo en el momento en que se casan.
16. Para escuchar: www.bit.ly/2ZPRZGH
17. Génesis 3:16
18. Elaine Storkey, *Scars across humanity: Understanding and Overcoming Violence Against Women*, p. 210
19. Las ideas se difunden más allá de los límites de las iglesias. Por eso tenemos que plantearnos también la pregunta de qué efectos tienen los conceptos cristianos en la cultura en general. Si una iglesia enseña que la sumisión de la mujer al hombre es el ideal de Dios, eso no contribuye a prevenir la violencia de género. Si, en cambio, la iglesia subraya que el ideal de Dios para el matrimonio se basa en la reciprocidad, eso sin duda contribuye a contener la violencia doméstica.
20. Véase www.ab.co/3bHZF05 y www.bit.ly/3GNbrVt
21. www.bit.ly/3nVy1CK
22. Eggerichs, *Love & Respect*, p. 221. Hizo esta afirmación sin remitir a estudios ni a otras pruebas externas.
23. Sheila Gregoire, *The Great Sex Rescue*, cap. 2. Un estudio del Instituto Gottman llega al mismo resultado. John Gottman escribe en su libro «Die sieben Prinzipien für eine glückliche Ehe» que «estadísticamente, la probabilidad de que un matrimonio fracase es del 81 % cuando un hombre no está dispuesto a compartir el poder con su pareja».
24. Sheila Gregoire, *The Great Sex Rescue*, cap. 2.
25. Sheila Gregoire, *The Great Sex Rescue*, cap. 2.
26. En una entrevista de pódcast, Alan Frow defiende el modelo del «voto decisivo» [*tiebreaking*] con el argumento de que, como pastor, al aconsejar a matrimonios igualitarios constata que «hay muchas tensiones porque no saben quién va a tomar la decisión». Se puede escuchar aquí: www.bit.ly/2ZPRZGH. Pero ¿es eso realmente cierto en general? Si parto de mi experiencia con el matrimonio y con las parejas a las que he aconsejado, la idea de la mujer de que la autoridad de su marido entra en juego cuando no logran ponerse de acuerdo produce de hecho enormes tensiones en el matrimonio. Numerosos consejeros cristianos subrayan que lo que más ayuda a manejar las tensiones en matrimonios cristianos conflictivos no es introducir una instancia de decisión en la persona del marido, sino renunciar a ella. Más bien la pareja tiene que aprender a escucharse de verdad, a amarse y a posponer los propios planes en favor del otro. He oído suficientes historias de mujeres que intentan desesperadamente someterse al poder de decisión definitivo de su marido, pero que aun así sufren por ello. Cuando me imagino los papeles invertidos y me pongo en la situación de una esposa que defiende apasionadamente una opinión sobre un asunto concreto, mientras su marido defiende con la misma pasión otra opinión y finalmente toma la decisión, me doy cuenta de que el concepto del poder de decisión definitivo podría obligar al hombre a desatender las palabras de Jesús: «Así que, todas las cosas que [no] queráis que los hombres hagan con vosotros, así también [no] hagáis vosotros con ellos».
27. Mateo 24:10; Lucas 12:1; 1 Corintios 7:5; 11:33
28. Otro argumento de los complementaristas es este: si la sumisión mutua (en Efesios 5:21) ha de valer para los tres pares de relaciones (marido-esposa, padres-hijos, amos-esclavos), entonces Pablo no puede de ningún modo socavar el

concepto de liderazgo y sumisión en el matrimonio, ya que el segundo y el tercer par de relaciones son jerárquicos por naturaleza. Yo, sin embargo, entiendo Efesios 5:21 de otro modo: no se trata de un versículo marco para los tres pares, sino solo de un versículo de transición a la nueva sección de la carta de Pablo, que él aplica específicamente a las relaciones conyugales. Este es un enfoque mucho mejor que el de complementaristas como Schreiner y Knight, que aceptan la idea de la sumisión mutua tanto para los maridos como para las esposas, pero la reformulan de manera extraña como «la mujer se somete a su papel de esposa dócil, mientras que el marido se somete a su papel de líder abnegado». Pero Pablo claramente no les pide que se sometan a sus papeles, sino el uno al otro.

29. Romanos 13:1

30. «Como *hypotassō* contiene la idea de tener una posición más baja que otro, la palabra es adecuada tanto para la sumisión a las autoridades como para la sumisión en las relaciones personales entre iguales. En el primer caso hay un orden de rango objetivo en una jerarquía: los cristianos, por ejemplo, están bajo la autoridad del gobierno civil y por tanto deben someterse a esa autoridad. En el segundo caso el orden de rango es subjetivo: los creyentes deben ponerse a sí mismos por debajo de los demás, como si estuvieran en una jerarquía; es decir, deben tratar a los demás como si fueran más importantes que ellos mismos; esa es la esencia de la humildad cristiana (Romanos 12:10; Filipenses 2:3).» (Andrew Bartlett, *Men and Women in Christ*, p. 36)

31. Cynthia Westfall escribe en *Paul and Gender* (cap. 1): «Efesios 5:18-23 forma en griego una sola oración, y las instrucciones a las esposas en el versículo 22 dependen gramaticalmente —por la omisión del verbo «someterse» en el versículo 22— de la sumisión mutua del versículo 21».

32. Pablo parece proteger este significado de «someterse» en su carta al elegir en los versículos siguientes otra palabra —«obedecer»— para la relación padres-hijos y amo-esclavo.

33. Tito 2:4

34. Hay incluso una explicación neurológica de por qué los maridos tienden a ser más egoístas que las esposas: véase www.on.today.com/3CKRIsD

35. *Men and Women in Christ*, p. 64

36. Duvall y Hays, *Grasping God's Word*, cap. 13.

37. Aristóteles, *Política*, 1255b.

38. Parto también de que «a los esclavos, tanto en el entorno griego como en el romano, no se les permitía legalmente casarse. Las observaciones de Pablo sobre la conducta de esposas y maridos en Efesios 5 se dirigen, por tanto, en primer lugar a los libres, en particular a la clase social que dirigía hogares con esclavos». (Andrew Bartlett, *Men and Women in Christ*, p. 66)

39. David Scholer, *Journal of the Evangelical Theological Society* vol. 30, diciembre de 1987, p. 416. www.bit.ly/3bDKpI9

40. Aristóteles, *Política*, 1259a.

41. Celso fue un crítico pagano que vivió en el siglo II. Esta cita procede de Ross Shepherd Kraemer, *Her Share of the Blessings* (p. 128).

42. Véase John Piper, *This Momentary Marriage*, caps. 6–8

43. Grudem usa el término «paterfamilias» solo una vez, concretamente en la nota 102 del capítulo 7. Allí otro autor subraya la importancia del miembro de más edad del hogar.

44. Juan Pablo II, *Mulieris Dignitatem*, p. 88.

45. Génesis 21:12

46. Jueces 13:10-11

47. Lucas 1:26-38

48. Mateo 1:18-21

49. 2 Reyes 4:8-10

50. 1 Samuel 25:3

51. 1 Samuel 25:25

52. Cita original de la NRSV [New Revised Standard Version]

53. Richard Hays, *First Corinthians*, p. 116.

54. La obra de referencia de Grudem *Evangelical Feminism and Biblical Truth* [Feminismo evangélico y verdad bíblica], por ejemplo, se escribió para refutar argumentos igualitarios, entre ellos también el argumento de que 1 Corintios 7 enseña un matrimonio en igualdad. Sin embargo, en una sección muy breve (6.7), que ocupa apenas una sola de las 800 páginas de la obra, Grudem se limita a afirmar que 1 Corintios 7 solo regula el liderazgo autoritativo del marido. Pero no aporta

argumentos contra la suposición de que este pasaje no solo debería regular la *aplicación* de la interpretación jerárquica de Efesios 5, sino también determinar la *interpretación* de Efesios 5. Un pasaje como 1 Corintios 7, que afirma de forma inequívoca que tanto el marido como la esposa tienen la misma potestad el uno sobre el otro —un hecho en el que todos los intérpretes están de acuerdo—, debería tener peso a la hora de interpretar un pasaje (Efesios 5) del que solo algunos intérpretes afirman que concede al marido una autoridad unilateral.

55. Por ejemplo, Tom Schreiner —como señala Andrew Bartlett en *Men and Women in Christ* (pp. 18–19)— escribe, en respuesta a *Man and Woman: One in Christ* de Philip Payne, de 2009, un resumen detallado e intenta una refutación. Aunque Payne dedica un capítulo entero a 1 Corintios 7, curiosamente Schreiner no menciona ese capítulo en absoluto. Algo parecido ocurre con Claire Smith, que en 2012 publicó el libro *God's Good Design: What the Bible Really Says about Men and Women* [El buen diseño de Dios: lo que la Biblia dice realmente sobre hombres y mujeres]. Su objetivo declarado es ocuparse de los «textos bíblicos más importantes» que «deberían determinar» el mejor modelo para el matrimonio. El libro es recomendado con entusiasmo por Don Carson y otros, y muchos lo elogian por ser completo. Curiosamente, sin embargo, ninguno de sus cinco capítulos sobre el matrimonio trata de 1 Corintios 7. No acuso de deshonestidad a estos autores, sino solo de tener un considerable punto ciego y de mostrar indicios de un «sesgo de confirmación», en el que las personas usan inconscientemente la Biblia no para conocer todo lo que dice sobre un tema, sino solo para respaldar su opinión preconcebida.
56. Cita de *Discovering Biblical Equality*, p. 238
57. Fuente: www.gates.ly/3bMqqQZ
58. Fuente: Sandra Joshel y Sheila Murnaghan, *Women and Slaves in Greco-Roman Culture*, pp. 217–20. Citado en Barr, *The Making of Biblical Womanhood* (p. 226)
59. Véase Susan Hylen, *Women in the World of the New Testament*
60. Para entender mejor cómo las condiciones sociales limitan la selección de las personas que pueden asumir un papel de liderazgo, piensen en una iglesia moderna compuesta principalmente por personas con estudios universitarios en un barrio acomodado. Consideren ahora lo improbable que sería que un trabajador sin estudios pudiera asumir un papel de liderazgo en esa iglesia, por la sencilla razón de que sería dudoso que esas personas le siguieran (y que él, por tanto, pudiera siquiera dirigirlos). Por esta razón tampoco encontramos en la Biblia ejemplos de esclavos que fueran ancianos.
61. John Stackhouse, *Finally Feminist*, p. 39
62. Colosenses 3:18
63. Tito 2:5
64. 1 Pedro 3:1
65. Para que mi libro no resultara demasiado largo, he decidido no explicar por completo 1 Pedro 3:1-7. Recomendando, sin embargo, el capítulo 6 del libro de Andrew Bartlett *Men and Women in Christ* [Hombres y mujeres en Cristo]. El capítulo se titula «Submission and Honour: 1 Peter» (Sumisión y honra: 1 Pedro). En mi opinión, Bartlett muestra de forma convincente que Pedro sigue esencialmente el mismo camino que Pablo en Efesios 5 para socavar el orden jerárquico de la cultura mediante una enseñanza sobre la sumisión *mutua*. Al igual que Pablo, Pedro en 3:1-6 ni derriba ni aprueba sin reservas el papel sumiso que la cultura esperaba de la mujer; más bien lo revisa con nuevas motivaciones inspiradas por el evangelio: no por miedo al marido no cristiano, sino por esperanza en Dios y por el deseo de ganar al marido para Cristo. Y al igual que Pablo, Pedro no idealiza ni condena el papel autoritario que la cultura esperaba del marido cristiano, sino que lo revisa en 3:7 en tres aspectos: 1) Los maridos deben comportarse con sus esposas «de la misma manera» (esta es la expresión decisiva que muchos teólogos complementaristas parecen pasar por alto) que se había descrito antes para: los creyentes ante su Dios y su rey (2:13); los esclavos ante sus amos (2:18-25); Cristo ante sus verdugos (2:21); y las mujeres ante sus maridos, incluida Sara ante Abraham en Génesis 18 (3:1-6); es decir, en humilde sumisión. 2) Los maridos deben vivir con sus esposas de tal manera que tengan en cuenta la menor fuerza de ellas. 3) Los maridos deben honrar a sus esposas, que (a diferencia de lo que ocurría en la cultura grecorromana) no están en una posición subordinada, porque son coherederas en igualdad de la salvación. «Honrar» es aquí la misma palabra que se usó antes en la carta para describir la sumisión que todos los creyentes deben mostrar al emperador; compárese 2:13 («someteos [a las autoridades]») y 2:17 («honrad al rey»). Dicho de otro modo, Pedro, sin usar exactamente las mismas palabras, dice a los maridos que también ellos deben mostrar sumisión a sus esposas (en el sentido de un servicio humilde y respetuoso). Entendido así, Pedro, como Pablo en Efesios 5, parece revisar el significado de la sumisión en el matrimonio, apartándolo de la mera obediencia a la autoridad de otro para llevarlo hacia un compromiso de servicio humilde y benevolencia. La obediencia a la autoridad solo puede fluir en una dirección; sin embargo, como se muestra en Efesios 5 y 1 Pedro 3, los matrimonios cristianos, independientemente de las estructuras sociales en las que se encuentren, deben dar testimonio de un servicio humilde que fluye en ambas direcciones. Observen además que Pedro no da como razón para la sumisión de la mujer el hecho de que el marido, según el plan de Dios, tenga una autoridad

unilateral sobre su esposa. Si Pedro hubiera creído eso, este habría sido el contexto perfecto para mencionarlo. Pero no lo hace, y de hecho no hay ningún lugar en la Biblia en el que se indique a los maridos que ejerzan una autoridad unilateral sobre sus esposas.

66. Génesis 16:9

67. Dicho sea de paso: como en su día el orden doméstico de Aristóteles y la forma monárquica de gobierno, la democracia es hoy quizá el mejor sistema de gobierno que la sociedad ha descubierto hasta ahora.

68. 1 Pedro 2:15

69. 1 Pedro 3:1-2

70. Tito 2:5

71. Tito 2:10

72. 1 Timoteo 6:1

73. 1 Timoteo 5:7, 14

74. Fuente: www.bit.ly/3EL7OgM

75. Agradezco a Kevin Giles este apartado, en el capítulo 8 de *What the Bible Actually Teaches on Women*.

76. Génesis 9:20-27

77. Levítico 25:39-41; 25:44-46

78. Agradezco a Kevin Giles este apartado, en el capítulo 8 de *What the Bible Actually Teaches on Women*.

79. Papa Juan Pablo II, *Mulieris Dignitatem*, p. 24. Citado en Barr, p. 110.

80. Fuente: www.bit.ly/2ZXK1LY

81. «La relación entre hijos y padres difería en puntos esenciales de nuestra cultura actual. En el mundo moderno se da por supuesto que los hijos, en algún momento después de llegar a la edad adulta, se independizan de sus padres y ya no están bajo su autoridad. En el mundo antiguo no era así; allí se esperaba que los hijos adultos permanecieran bajo la autoridad de sus padres hasta bien entrada la edad adulta». (Howard Marshall, *Discovering Biblical Equality*, p. 188.)

82. Jane Hooker presenta otro argumento, que añadiré a la lista de Storms: «Hay diferencias considerables entre la práctica bíblica de la esclavitud y la práctica estadounidense más reciente de la esclavitud». (Fuente: www.bit.ly/3GNFnk9). Con ello parece querer decir que el movimiento social para acabar con la esclavitud en los últimos siglos es comprensible, pero que la esclavitud del primer siglo no era tan mala. Pero también en el primer siglo se trataba con crueldad a los esclavos. Además, no da en el núcleo de la cuestión: en ambos casos, la esclavitud consistía en poseer a un ser humano con fines económicos. La abolición de la esclavitud no se refería solo al maltrato de los esclavos, sino también a sus formas más suaves.

83. Cain Felder (ed.), *Stony the Road we Trod*, p. 226. Citado por Barr, cap. 6.

84. Jean-Jacques Rousseau, *Emilio, o De la educación* (1762). Citado en Barr, cap. 6

85. John Stackhouse, en *Finally Feminist* (p. 56), lo expresa de forma más incisiva: «Cuando la sociedad era patriarcal, como lo era en el contexto del Nuevo Testamento y como lo es en todo el mundo salvo en la sociedad moderna de nuestro tiempo, la iglesia evitaba el escándalo adaptándose a ello. Ahora, en cambio, cuando la sociedad moderna es igualitaria al menos oficialmente, el escándalo consiste en que la iglesia no acompaña a la sociedad y no se alegra de la libertad sin precedentes de dejar que mujeres y hombres sirvan según sus dones y su llamamiento, sin límites arbitrarios de género. Este escándalo obstaculiza tanto la evangelización de otros como la ... integración y el desarrollo de quienes ya se han convertido. ... La continuación del patriarcado por parte de las iglesias en esta sociedad constituye para [muchos] un obstáculo religioso».